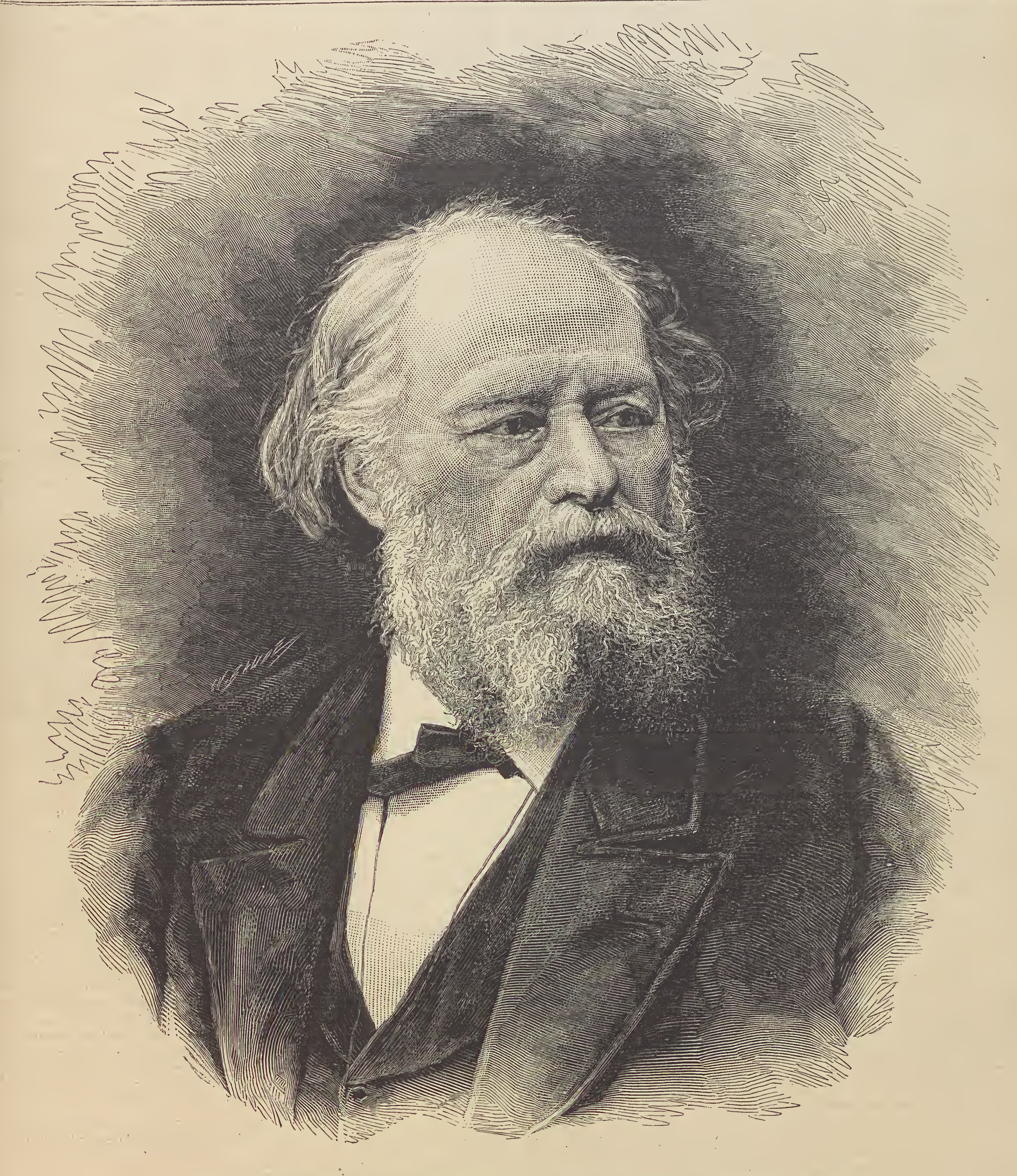
La Ilustración Artística

Año IX — Barcelona 25 de agosto de 1890 — Núm. 452

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO DE M. LUIS FRANÇAIS, decano de los paisajistas franceses. Grabado de Baude

Premiado con Medalla de Honor en el Salón de París de 1890

LIBRACOS

¿Qué es un LIBRACO?

Según el *Diccionario de la Lengua castellana por la Real Academia Española*, un «libro despreciable.»

¿Qué significa *despreciable?*

Según dicha autoridad, «digno de desprecio.»

No niego la exactitud de las dos definiciones susodichas; pero no puedo menos de preguntar: ¿no tiene la voz LIBRACO alguna otra significación que lo exima de semejante desagradable nota?...

Esto es lo que nos cumple ver ahora.

Empecemos por apuntar que no significa lo mismo *despreciable* que *despreciado*. Personas y cosas hay, y no pocas, que, no mereciendo ninguna estima ni consideración, son tratadas en sociedad como si entrañaran gran valía, al paso que otras que encierran gran valor, se contemplan postergadas y vilipendiadas. El verdadero mérito, como es modesto, se esconde, en tanto que la garrulería se anuncia, ó *se exhibe* (para que me entiendan los galiparlistas); la virtud pasa plaza de tontería, al propio tiempo que la criminalidad se pasea airosa y triunfante; y, según corren los vientos, no sería de extrañar que llegara un día en que, no tan sólo se pidiera la absolución para el culpado, sino, además, una recompensa, ya en metálico, ya mediante una distinción honorífica y lucrativa. ¡No en balde se agitan, enturbian y desbordan de tiempo en tiempo los ríos impulsados por los huracanes, sacando entonces á flote el cieno que reposaba en su cauce!

Pues algo de esto pasa con muchos libros. Ostentando en su vestido, ó séase en su encuadernación, rica piel y refulgente oro, ya tienen un salvoconducto para poder penetrar en todas partes, aun cuando su espíritu, ó séase su contenido, respire necedad ó insulsez, si no ya depravación y cinismo. Por el contrario, á los ojos de la muchedumbre nada vale ni nada significa un libro que esté impreso en papel inferior y no correcto tipo, encuadernado en vaqueta ó en pergamino, de tamaño más que crecidito en sus tres dimensiones de largo, ancho y grueso, y no digo nada si está escrito por algún clérigo, ó, aun cuando no lo esté, si trata de asuntos que se rocen más ó menos directamente con la religión. He ahí, pues, lo que estima y entiende por LIBRACOS la mayoría de las personas; en una palabra: de un truhán elegantemente vestido y parlero como un papagayo, hágote un gran señor; de un filósofo sesudo y sin pretensiones, hágote un pobre diablo.

Yo pretendo vindicar hoy, no diré á todos los LIBRACOS, que no hay regla sin excepción, pero á muchos de ellos, de esa fea nota de desprecio que sobre los mismos pesa; en unos, por lo poco atractivo de su exterior; en otros, por ser muy contadas las personas que se ocupan en estudiarlos, y en su consecuencia ser generalmente desconocidos; y como quiera que no me es dable hacer semejante escrutinio ó análisis en muchos volúmenes, pues esto nos demandaría más tiempo y espacio del disponible, contentarnos hemos con parar nuestra atención en el primero que la casualidad nos haga venir á las manos. Abro, pues, uno de mis estantes, y topan mis ojos con un infolio, encuadernado en pergamino, nada grueso, pues sólo consta de 22 hojas preliminares (sin foliar), y 424 páginas, á la undécima de las cuales se halla un grabado en cobre, y cuya portada, transcrita á la letra, dice así:

✝

Epitome de la portentosa vida, y milagros de la gran Virgen, y Proto-Martyr Sta. Tecla, y Descripción de las Magnificas Sumptuosas Fiestas, à la Colocación de esta Imagen, en su Nueva Maravillosa Capilla, inclusa en la Santa Metropolitana Iglesia de Burgos, construída à expensas de el Ilustrissimo Señor, Don Manuel de Samaniego y Jaca, su dignissimo Arzobispo de el Consejo de su Magestad, etc.. Que dedica y consagra à su Señoria Ilustrissima. Su avtor, Fr. D. Pablo Mendoza de los Rios, de el Abito de San Juan, y Prior de Santa Maria de Castrelo, Encomienda de Quiroga. Impresso en Burgos: En la Imprenta de los Herederos de Juan de Villar. Año M.DCC.XXXVII.

Ahora bien: ¿quién sería capaz de asegurar, al leer semejante título, á cuántas clases de personas podría interesar el contenido del libro que nos ocupa? A juzgar por lo que la portada reza, solamente á dos, es á saber: en primer lugar, á los aficionados á las *vidas de santos*, y en segundo, á los que lo son, como mi amigo D. Jenaro Alenda, á las obras que tienen por objeto dar á conocer las *relaciones de fiestas*. Aquí paz, y después gloria.

¡Claro, como la luz del día, que no se le ocurriría, verbigracia á un musicólogo, á un cervantófilo ni á un taurófilo, el buscar en semejantes páginas aliciente con que poder fomentar sus respectivas aficiones!; y, sin embargo, ese musicólogo, ese cervantófilo y ese taurófilo que siempre andan á caza de gangas y oliendo dónde guisan (y si no, que lo digan mis amigos Barbieri, Thebussem y Carmena, por lo que á su respectiva afición compete), podrán hallar, donde menos lo esperaban, algo que no les amargue.

Carta canta. Abro, leo y copio (págs. 115-16):

«La Música de esta Metropolitana Iglesia, tan admirada de muchos como de pocos competida, ya por lo exquisito de su ingeniosísimo maestro, preferencia de sus amables voces, pasmo de sus órganos, con todos los demás antiguos y modernos instrumentos, y ya por el superior método de su tarea, tributara gloriosos desempeños al séquito de estas festividades, sin la precisión de más capillas; pero aspirando al mayor el imponderable exceso de estos cultos, concurrieron obsequiosos los músicos de la Capilla de Santa María la Real de las Huelgas, cerca de esta ciudad de Burgos: asistencia que, por debida á la dignación de la primera entre las preladas, admirada de todas, la Ilustrísima señora, mi señora, doña Teresa de Badarán y Osinaldi, dignísima abadesa de aquel Real Monasterio, ofreciera venturosos principios al aplauso, sin lo sonoro de tan perfectas voces.

. . . .

»Cedió sus primeros violines al crédito de estas solemnidades el religiosísimo y Real Convento de las Excelentísimas Señoras de la Encarnación de Madrid, franqueando á un tiempo los primorosos tiples y tenores de aquella famosísima Capilla: todas, en fin, las más ruidosas voces, para aumentar la perpetuidad de tan gloriosas fiestas. . . . .

. . . .

»Añadiósé á esta armonía el bélico estruendo de trompas y clarines, los que, en medio de sus marciales delicados ecos, nunca estuvieron más bien escuchados de la Fama, que en el empleo de tan sacros triunfos. Admiróse, como especial entre los de España, uno de los bajones de Toledo; pero como no discordaron los demás de este dificultoso ejercicio, se compartió entre todos el aplauso. . . . . .

. . . .

»Asistían otras muchas voces é instrumentos de Navarra y Castilla, todos tan perfectamente arreglados, como de la más diestra mano dirigidos; pues, para que ni la composición se compitiese, ni el compás más medido se extrañase, se aventajó á sí mismo don Francisco Hernández Illana, singularísimo compositor entre los mejores, y canónigo maestro de Capilla de esta santa Iglesia.»

De las veinticuatro parejas que compusieron la mascarada ó mojiganga con que se solemnizaron aquellos actos, una de ellas (la 21.ª) era formada por «un hombre vestido de golilla, con calzas atacadas, bigote, espada y daga, y una alabarda ó cuchilla al modo antiguo, y otro, vestido de malla muy vieja y roñosa, con una bacía de barbero por morrión, un lanzón grande y su rodela, figura de Don Quijote.» Sus respectivos motes eran del tenor siguiente:

UNO	OTRO
Aborrezco las risadas, Hago de todo misterio, Uso voces recatadas, Y, con calzas atacadas, Vengo á ser un burro serio.	Soy deshacedor de entuertos, Soy salsa en todo almodrote, Y risa de los despiertos, Porque mancho mis aciertos, Haciéndome Don Quijote.

Y aquí es digno de notarse que, á poco de haberse vulgarizado la lectura del *Quijote*, se hizo tema obligado el sacarlo á relucir en esa clase de festejos públicos, como lo evidencia, entre otros, el hecho de que se da cuenta en las fiestas celebradas con motivo de la beatificación de la madre Teresa de Jesús (1614), continuándose después semejante práctica en tales casos, según lo acreditan las que tuvieron lugar en la canonización de san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka (1727) en Salamanca, y diez años después, en Burgos, las que promovieron el LIBRACO que da margen al presente artículo, así como otras muchas mascaradas, mojigangas y demás festejos, cuyo total relato se haría absolutamente imposible.

Así como antiguamente en España no había procesión sin tarasca (de lo cual aun hoy en día se dan también casos), de igual manera no había fiesta completa sin su correspondiente funcioncita de toros. (La afición á los estafermos y á los animales de cuernos es ingénita al pueblo español.) Por eso no podía faltar ésta en ocasión tan solemne, como lo prueba la obra que nos ocupa en este momento, y en la cual, á mayor abundamiento, se dedica como una quinta parte de su volumen á la descripción de semejantes desahogos, alternando la prosa con el verso, y no así como quiera, sino comenzando dicha descripción por el *Encierro*, siguiéndola por el riego de la plaza, continuándola por las suertes, intercalando un sainete intitulado *El Estrado de las damas toreras y Coloquio con los toros*, y acabándola con la retirada del piquete ficticio de Infantería, Caballería y Artillería, en medio de vistosos simulacros y complicadas evoluciones.

Copiaremos, como muestra, un suceso que tuvo lugar en uno de los días de dichos festejos, y que pudo haber parado en tragedia.

Dice así:

«Montó don Juan en nuevo alentado bruto, y apenas se registraba en nuestro campo, cuando el toro *Payo*, que se permitió en campaña, empezó á mostrarse marrajo, y sin hacer caso de la gente, se mentía cobarde, para conseguir avanzar, descuidando los escuadrones; como con efecto, atropellando la trinchera que miraba (1) á la calle de Trascorrales y queriendo forzar la muralla, hubo de conseguir su temerario avance, si el inaudito valor de la mujer de un vivandero, que se lo impedía por sus propios brazos, y el esfuerzo de un granadero miliciano que la ayudó en su empresa no le hubieran resistido, menospreciando el peligro por redimir mayor estrago; pero intentando avanzar de nuevo el enemigo, que no se contentó con este amago, le repitió de improviso por el baluarte de la calle de Cantarranillas, en donde, según su porfiado impulso, hubiera conseguido el designio, á no haberle cortado los hilos de la vida el puntual socorro de la compañía de Pedro Alonso.

OCTAVA

Que se llegue un ejército á perder
Porque alguna mujer asista allí,
Mil veces se ha llegado á conocer
Desde que hubo serpientes hasta aquí;
Pero que por sí sola tal mujer
La victoria le alcance, no lo oí
Sino ahora, que obró sin más ni más
Lo que no discurriera Satanás.»

Puse un verbigracia arriba, al sentar que «no se le ocurriría á un musicólogo, á un cervantófilo ni á un taurófilo el buscar en semejantes páginas aliciente con que poder fomentar sus respectivas aficiones;» pero ahora añado, que el amante de la lectura picaresca, jocosa, chispeante y desenfadada, tampoco podría sospechar, ni por asomo, el hallarse aquí con pasajes que no desdirían de la pluma de un Quevedo ó de un Gracián. ¡Y, sin embargo, nadie sabe quién sea Fr. D. Pablo Mendoza de los Ríos, ni si ha existido, y, por ende, jamás se le ve citado! Léase, en prueba de que nada exageramos, el trozo siguiente, dedicado á los que queman un grano de incienso en las aras del dios Baco, con ocasión de una

FUENTE DE VINO EN LA PLAZUELA DEL SARMENTAL

«Hízose la Fuente concurso de acreedores, y tan propio el sitio para alegar de su derecho, que, aunque

(1) «Quiso brincar el toro por un tablado.»



EN LA PLAYA, cuadro de Dionisio Baixeras, grabado por Sadurní

á muchos se les vino rodado, parece que le alcanzaban á pedir de boca. Salía cada pobre á más que á jarro por barba; y aunque para ir llegando se abrieron las boca-calles, tiraba cada lobo por su senda. Otros estaban hechos unos perros; y á fe que no eran de aguas; pues, como prácticos saludadores, apagaban una azumbre rabiosa en menos de un soplo, y sobre quién aquí me la puso, primero vine yo, y tan bueno me soy como cualquiera, solían dispararse los jarros á boca de cañón. Tropezábase en los difuntos como cosa de risa; y no hubo quien los echase de esa vida, pues como valía el vino caro en la otra, se quedaron acá por ánimas abintestato. Cuantos escupían en corro, toda era gente de pelo; pues aunque había *ex omni genere piscium*, no parecía una rana.

»Acercóse un septiembre de peregrinos (porque los más venían con calabazas), cuya mercadería era muy mala para barberos, pues la calabaza que llegó desocupada, no se volvió *bacía*. Procuré hacerme amigo con uno de estos extranjeros; y preguntándole quién era, me respondió, como pudo, que, no obstante aquellos trapos, era español por todos cuatro costados, por ser de la familia de los *Sarmientos*, y que su patria era la de *Cepeda;* pero que no extrañase la afición que había tomado á aquella fuente, porque, según los astrólogos, nació de tan notable signo, que le influía siempre una estrella que llaman la *Vendimiadora;* por cuyo motivo no había cosa que más estimase que el vino, ni que más aborreciese que la agua, pues hasta la de olor la tenía por cosa de *azar;* que era enemigo de las goteras en los tejados, porque podían caer en alguna taberna; que gustaba mucho de la verdad, porque la pintaban en cueros, y que siempre que podía, cenaba un estofado, porque le echaban vino; que de cuando en cuando apetecía un dolor de estómago, por si le ponían algún reparo, y que en todas sus enfermedades le había de asistir el doctor de la Parra; que era muy aficionado á ensaladas, porque de ordinario la salsa era hija de buenos padres. Gustaba mucho de instrumentos de boca, porque soplaba con ellos. Frecuentaba los templos, porque tenían tabernáculos; y en punto de órganos, ningunos le sonaban mejor que los de Móstoles. Ayudaba pocas veces á misa, por no soltar las vinajeras, y, para vestirse, se componía con los sacristanes, con que, por lo regular andaba con loba, y no quería gastar ropilla, hasta que se estilasen mangas de hipocrás; pero si pegaba algunas, era cuando cosía en las tabernas. Su conversación fué por lo común con gente *de-bota*. Solía reñir con las lavanderas, porque colaban con agua, y encargaba mucho á los sastres el cuidado de los bebederos. Trataba amigablemente con algunos quimeristas, por parecerle bien aquellos que provocaban. Sus diversiones se reducían á tirar al blanco; y si le convidaban á bodas, preguntaba si eran las de Caná, por no faltar á ellas. En materia de danzas, se alegraba en viendo danzar la jácara, por ver la mudanza del *borracho*. Era muy amigo de renunciar en juegos de naipes, porque no entendía de otros palos que los de cepas; y en preguntándole qué eran triunfos, respondía que copas. Apetecía á todas horas estar tomando tabaco de hoja, sólo por estar pipando; y no había trajes que le enamorasen más que los de *toneletes*. Su habitación en Burgos era la calle de la Pellejería, y sus paseos se reducían al *Parral*, por acercarse á las Huelgas, donde tenía ordinariamente sus consultas con el tabernero de aquel sitio. En punto de novedades, sólo sabía la historia de Noé, y tenía la cuba de Sahagún por una de las maravillas del mundo. Finalmente, aunque era hombre de buen gusto, tenía sus horas muy medidas, y en Madrid era conocido en la calle del Lobo y de los Tudescos, y me aseguró que tenía crédito hasta en los Carabancheles.

»Aquí llegábamos; y sin decir oste ni moste; alón, que pinta la uva; ahí te quedan las llaves, ni San Antón te la bendiga, se metió á somormujo en la Fuente, hasta que se perdía de vista, cuando en Dios y en buena hora, jugándola de codo otro aficionado, cara dificultosa, espantajo de la uva, bodega racional, pelo de erizo, guarnecido en morado, injerto en mosto, frente de enemigo, ojo de gallo, nariz corva montada á la jineta, boca de calle, barba á racimos, cuello de cántaro, brazo seglar, manos de carnero, talle de cuba, piernas de sábana y pies de amigo, bostezando las palabras, arqueando las cejas y masticando esdrújulos, prorrumpió» etc.

Juzgue ahora el lector si he andado algo exagerado al poner el pasaje preinserto en parangón con otros de igual índole debidos á la pluma de nuestros primeros escritores festivos, humorísticos ó chanceros.

Sea como quiera, harta razón le asistía al famoso y nunca lo bastante ponderado D. Bartolomé José Gallardo, cuando en pleno Congreso decía á los diputados de él, á fuer de Bibliotecario de las Cortes, en sesión del 19 de enero de 1838:

«El señor Fontán, confesando que no sabe siquiera dónde está, la pinta (la *Biblioteca del Congreso)*, no obstante, como un almacén de fárrago teologal, haciendo de ella un retrato de fantasía; y para muestra, tan antojadizamente como en todo, saca sus *Sermonarios*, preocupado y anteocogido el juicio con la idea exclusiva de los libros de los conventos.

»*¡Sermonarios!* Y ¿no había más que sermones y libros de esa especie en las librerías de los conventos? Y ¿no se compone sino de los libros de los conventos la del Congreso? – Reune los restos venerables, como dejo dicho, de la Biblioteca del sabio diputado *Navarro*, los del ilustrado *Infante Don Gabriel*, los de *Salazar*, los del naturalista *Cea*, los que de orden superior colectaba en París, al romper allí á fines del siglo pasado la revolución francesa, nuestro profundo y malogrado astrónomo *Mendoza de los Ríos*.

»¡Sermonarios, libros de conventos! – ¿Cree el señor Fontán que los libros de sermones no contienen sino vaciedades, y sólo fárrago las librerías de los frailes? Un concepto más favorable de esos libros, de esas librerías y de esos hombres desgraciados tendría S. S. si los mirase á la luz de una filosofía más ecléctica y poseyese un conocimiento menos liviano de tales sujetos y objetos. Los frailes son hombres, y en sus librerías se encontraban libros apreciabilísimos en todos los ramos de los conocimientos humanos y manuscritos antiguos muy curiosos.

»Entre varios de esta especie que posee el Congreso en su Biblioteca, procedentes de los de conventos suprimidos, es uno un códice original de fines del siglo XV del célebre astrónomo hebreo *Abrahán Zacut*, catedrático que fué de Matemáticas en la Universidad de Salamanca: volumen en folio Su contenido, unas *Tablas astronómicas*, con una curiosa introducción en castellano, aunque se cree que *Zacut* fué portugués de nación. Es obra desconocida.

»Pues en los sermones, ¿qué de especies peregrinas y curiosas no se encuentran, teniendo tiempo y paciencia para hojearlos? En las márgenes de un *Sermón de San Elías*, escrito por el autor del *Origen y primeras poblaciones de España*, el carmelita sevillano *Fr. Juan Félix Girón*, hábil paleógrafo, orientalista, matemático y dibujante, sobrino del Píndaro andaluz *Rioja*, bibliotecario de Felipe IV, se leen especies muy curiosas para la biografía de este eminente ingenio, cuya vida y escritos investigan hoy los eruditos con solícito afán.

»En los principios de un *Sermón de honras á Felipe III*, publicado y dedicado por *Fr. Pedro de Córdoba* al marqués de Priego, ilustre sordo-mudo *á nativitate*, discípulo del ingenioso maestro de sordo-mudos *Ramírez de Carrión*, se estampa un documento justificativo de que el marqués había aprendido por

arte á leer y escribir más de un siglo antes que en Francia se enseñase á hablar á los mudos.

»En un convento de Castilla, consta por los inventarios de las Bibliotecas de monasterios suprimidos, enviados á la de las Cortes por el Gobierno, en virtud de la ley arriba citada, que existía un libro de *Doctrina para los mudos sordos*, compuesto por el *Maestro Fr. Pedro Ponce*, inventor de este arte milagroso, etc., etc.»

Digásenos ya, si todos los libros calificados de LIBRACOS merecen la nota de *despreciables*, por el solo hecho de ser *despreciados*.

JOSÉ MARÍA SBARBI

¡POBRE FILIPÍN!

Jenaro Fernández, doctor en leyes, escritor y poeta á ratos perdidos, hallábase casado con Ángela y en su matrimonio no era feliz.

¿Cuáles eran las causas de su infelicidad?

Oigalas el lector de boca del mismo interesado:

– A vecir verdad, no hay motivo serio que explique el hastío que Ángela me causaba. Pero tampoco ella tenía nada que echarme en cara, y sin embargo no podíamos sufrirnos. Es decir, quien no podía sufrirla era yo: hay que ser justo.

Ángela es tan flemática que no es capaz ni de sentir antipatía. Cuando de ella hablaba á mis amigos, la llamaba pavisosa. Ángela es de movimientos tardíos, de hablar perezoso y lánguido: para andar, espera que un pie obtenga permiso del otro, y como con dificultad lo obtiene, van uno tras otro arrastrándose con pena. Sus ojos son de uzul claro, muy claro; en ellos no hay ni luz ni nada, ni pasiones; ojos, en fin, que la sirven para ver, pero que nada dejan ver en ellos. Sus delgados y pálidos labios permiten ver los dientes cuando sonríen y al reir enseñan las encías, señal cierta, según Descuret, de carácter apático. Cuando anda, cuando habla, cuando se mueve, parece una persona que teme romper alguna cosa.

Y siendo así, ¿cómo no hastiarse á su lado? ¿Cómo no bostezar continuamente? ¿Cómo no comprender el suicidio por spleen?

Bien pago el pecado mayor de mi juventud; dura penitencia sufro por haberme casado cuando acababa de cumplir veinte años y aún no había terminado mis estudios.

La inexperiencia de la juventud me hizo confundir la poquedad de ánimo con la dulzura: creí ver en ella talento, bondad, tiernas pasiones, y me equivoqué grandemente: mi mujer es un Juan de las Viñas. Si río, ríe conmigo; si rabio, calla, y su inexpresiva fisonomía ni muestra cólera ni dolor. Es inaguantable mi esposa; ¡Oh, mi odiado fantoche! ¡Cuán feliz sería yo si recobrara mi libertad perdida, mi felicidad de soltero!

A mi edad, con mi talento, – perdonen ustedes la inmodestia, – con una independencia absoluta y la fortuna que tengo, hubiera podido hacer un primer papel en la comedia del mundo; pero con ella, con mi bendita consorte, toda dicha es imposible. Un solo hecho bastará para retratar de cuerpo entero á mi esposa. Durante la luna de miel, que más que de miel fué de arrope manchego, cuando tenía la ingenuidad de leerla mis versos, ni una sola vez se dió el caso de que lanzara un grito de admiración, ni un elogio salió de su boca, ni por cortesía al menos. En suma, no hay matrimonio que se fastidiase tanto como el nuestro. Cuando Ángela y yo estábamos juntos bostezábamos hasta hacernos daño en la unión de las mandíbulas.

El nacimiento de Filipín no modificó en nada nuestra situación.

Ángela quiso lactar á su hijo y con este motivo se hizo mayor nuestra separación. Ella con Filipín ocupaba unas habitaciones, y yo otras separadas de las suyas.

Hay que confesar que Ángela amaba á su hijo Filipín y le cuidaba con gran esmero. Pasaba el día entero ocupado en lavarlo, asistirlo, hacerle saltar sobre sus rodillas. Al verla me parecía que estaba jugando á las muñecas.

Yo sentía por mi hijo un cariño digno, era yo un hombre demasiado serio para caer en esas ridiculeces en que incurren ciertos padres que se convierten en niñeras de sus mocosos.

Filipín crecía, y á los tres años y medio era un precioso bebé de grandes y coloradotes mofletes, de nariz chiquita y respingoncilla, vivo como una ardilla; un chicuelo, en fin, que hubiera hecho las delicias de un hombre menos serio. No era yo muy pródigo en caricias, y el niño, si yo no era pródigo en caricias, era avaro de las suyas.

Un día reñimos Ángela y yo por el niño, no recuerdo siquiera por qué: tan fútil era el motivo. A una palabra dura siguió un agravio, tras de los agravios vinieron las injurias y las recriminaciones.

Ángela dijo sin que una lágrima asomara á sus ojos:

– ¡Ay Dios mío! ¡Qué cansada estoy de esta vida! ¿Qué ángel malo me inspiró el día de mi matrimonio?

Esta frase me excitó más de lo que estaba.

– El maleficio que aquel ángel malo produjo es fácil vencerlo, contesté.

– Por mi parte.....

Cogí al vuelo la palabra y la propuse formalmente una separación amistosa.

Angela al oirme palideció un poco; pero cuando supo que la separación se realizaría sin escándalo y que yo le dejaría á su hijo hasta que cumpliera los catorce años, sin más obligación que la de mandármelo todos los meses una vez, expuso la idea de que para mí era buen proyecto. Creí comprender su pensamiento y contesté:

– Los dos salimos ganando.

Después continué:

– Habrá que escribir á tu padre para que venga á buscarte.

– Yo le escribiré mañana.

– Escríbele; pero no es preciso le cuentes nuestras discusiones.

– No; le causaría un disgusto.

– Se busca un pretexto. Tu salud.. la necesidad de respirar los aires del mar... A Filipín le sentaría muy bien un cambio.

– El niño no puede estar mejor de lo que está.

– No importa, esas son cosas que se dicen... Cuando lleves unos días en casa de tus padres, poco á poco ..

Calló Angela y me pareció muy conforme.

Salí de mi casa como alma que lleva el diablo. Iba á reconquistar mi libertad y pensaba en la mejor manera de emplearla. Todo me iba á estar permitido menos volver á casarme, y esta limitación de mi libertad me agradaba en sumo grado, pues me impedía cometer la mayor de las necedades humanas.

Como nunca he tenido el feo pecado de la hipocresía, no pensaba ocultar mi posición. Lo esencial era ser libre, feliz é independiente, como el cartaginés... é iba á serlo. La presencia de Angela, que sinceramente he de confesar que no era fea, me excitaba los nervios, y lo que es peor, me tenía aprisionado y me cortaba las alas; y yo necesitaba mucho espacio para volar.

Comuniqué á mis amigos mi resolución y recibí unánimes felicitaciones.

– Eso había de suceder algun día; cuando no se vive bien juntos, lo mejor y lo más acertado es separarse.

Esta fué la profunda sentencia de un doctorcillo en filosofía, que era el Solón de nuestra peña de café.

Después expuso cada uno la suya El de más edad de los concurrentes á la mesa de café contaba treinta y un años. Yo tenía veintiséis, y ya he dicho que me casé á los veinte. Sírvame esto de disculpa.

– A esa edad, dijo el patriarca de treinta y un años, no es uno responsable de sus acciones.

– Es verdad, contesté yo, y me quedé tan satisfecho.

Mi conciencia estaba tranquila, merced sin duda á que era más elástica que la goma y más ancha que manga de fraile franciscano.

En prueba de sinceridad, quiero decir que aquella tarde se destapó una botella de champagne para celebrar mi emancipación; se brindó por mis futuros triunfos literarios. ¿Quién podía dudar de mis triunfos? Los otros quizás; yo no, seguramente.

Salí de mi casa inmediatamente después de comer y volví á la madrugada.

Mi mujer me esperaba, y al abrir yo la puerta de mi habitación me salió al encuentro y me dijo:

– El niño se ha caído esta tarde, haciéndose una herida en la rodilla.

– ¡Se ha caído!, contesté; ¿y cómo ha sido?

Si hubieran cuidado de él.... Ya se sabe que los niños...

– No ha sido culpa de nadie, me respondió mi mujer. ¿Te parece que se avise al médico?

– Quizá con un poco de árnica...

– Esta tarde llamé al médico y calificó de grave la contusión.

– ¡Eh! No será nada.

– Sin embargo, el niño no está bien, está muy inquieto y se queja mucho. ¿No le oyes? ¿Quieres verle?

– ¿Para qué? Porque yo le vea no ha de sanar. Ya le veré mañana.

Al decir esto me separé de mi esposa y me dirigí á mi cuarto; cerré la puerta para que no me molestase ruido alguno, me desnudé y me metí en la cama.

Llamé al sueño y no vino.

Sin saber por qué, me sentía irritado.

Son tan imbéciles las mujeres, pensé, que se complacen en molestar á uno inútilmente. De cualquier cosa, la más insignificante, hacen un mundo.

¡Y los médicos! Los médicos por conveniencia propia echan leña al fuego. Un arañazo es una enfermedad grave; así se enriquecen.

¡Oh, el mundo! El mundo está lleno de egoístas.

Me desesperecé voluptuosamente en mi lecho, coloqué cómodamente mi cabeza sobre la almohada y me dormí persuadido de estas tres cosas: primera, que Filipín no se había hecho daño alguno importante; segunda, que Angela había exagerado el mal, por el solo placer de molestarme; y tercera, que yo era la única persona razonable de la familia.

A la mañana siguiente me levanté bastante tarde y entré en la habitación de Filipín. Mi mujer había pasado la noche junto á la camita del niño.

Filipín se quejaba y lloraba de dolor. Le toqué la frente y creí notar que tenía un poco de calentura.

Momentos después vino el médico, examinó la rodilla del niño, que estaba muy inflamada, y ordenó que se le pusieran sanguijuelas.

– ¿Hay fractura?, le pregunté.

– Fractura, no...

– ¡Ah, pues entonces la cosa no tiene importancia!, dije yo con cierto aire de suficiencia.

– Sin embargo, repuso el médico, hay contusiones peores que las fracturas.

Qué gusto tienen los médicos en asustar á las gentes, pensé.

El desgraciado accidente del niño hizo que no se escribiera á mi suegro, y que por lo tanto se retrasara el viaje de Angela. Filipín no mejoraba; con la rodilla inflamada no podía moverse sin dar grandes gritos de dolor. Acostumbrado á saltar y á correr durante todo el día, debía ser para él un gran suplicio estar días y días en la cama ó echado en un sofá.



LA BEATRIZ DEL DANTE, retrato tomado del cuadro de Hugo van der Goes, existente en la Galería Arcispedale de Sta. María la Nueva, en Florencia

En poco tiempo perdió las rosas de sus mejillas, entristeciéndose sus ojos, y grandes y negras ojeras los circundaron.

Angela no se movía de su lado, hacía cuanto una madre puede hacer para distraer á su hijo enfermo, y cuantas veces salía yo de casa me decía:

– Trae algún juguete á Filipín.

Y lo decía cómo la cosa más natural del mundo, como si mi única obligación fuera ir de bazar en bazar en busca de monigotes ó soldados de plomo.

La enfermedad de mi hijo duraba ya muchos días. El médico creyó necesario celebrar una consulta, y se llamó á los médicos de más nombre, los cuales después de muchos preámbulos vinieron á decir que se había formado un tumor, que el niño era de temperamento linfático, que la curación sería cosa de mucho tiempo y otras noticias tan consoladoras como estas.



EL COMPOSITOR, cuadro de R. Poetzelberger

Desde aquel día el pobre Filipín sufrió dolorosas curas y tormentos mil. Cataplasmas, vejigatorios, inyecciones, pinchazos; cada día una nueva tortura.

Era aquel un espectáculo superior á mis fuerzas, así que cuando iba el médico á casa sentía yo una irresistible necesidad de salir á tomar el aire. Mi mujer, feliz ella, con su carácter flemático, podía presenciar la cura, asistir al médico, sujetar las piernas del niño y merecer el título de enfermera modelo. Cuando yo al ver los sufrimientos de Filipín dejaba escapar alguna imprecación, ella encontraba fuerzas para sonreir y decirme:

– ¿Qué consigues con blasfemar?

La calma y la resignación de Angela no me maravillaban, las atribuía á su carácter, pero me asombró su resistencia física. La creí de un temperamento débil y flojo, y vi que era preciso fuera de acero para no enfermar velando casi todas las noches y pasando semanas y semanas encerrada entre cuatro paredes.

Muchos días habían transcurrido desde que mi hijo se había caído y el maldito tumor no se curaba. Los dos médicos que le asistían no sabían ya qué contestar á nuestras preguntas

Esperaban que el tumor se resolvería; pero pasaba el tiempo y el pobre niño, no sólo no mejoraba, sino que se presentaron complicaciones.

Angela manifestó deseos de oir la opinión de otros médicos. Llamamos á un célebre cirujano, de esos cuyas palabras valen tanto oro. El insigne doctor examinó la pierna del niño, tocando é introduciendo la sonda sin compasión. Filipín daba gritos que partían el alma. Yo sudaba, sentía temblar mis piernas y dos ó tres veces tuve que salir de la habitación. Mi mujer, estrechando la mano del niño y besándole en la frente, callaba. Sus ojos estaban secos, sus labios estaban pálidos.

Después del reconocimiento local vino el reconocimiento general, que pareció dar resultados satisfactorios. Filipín era robusto á pesar de su temperamento linfático. Los médicos se retiraron á otra habitación, y después de una breve discusión acordaron un nuevo plan curativo.

– Si tampoco esto diera resultado... dijo el doctor Gutiérrez, que era el célebre médico á quien habíamos acudido últimamente.

– ¿Qué?, dijo mi mujer con voz apenas perceptible.

– No se alarme usted, señora: si este plan no diera el resultado que buscamos, acudiríamos á otros medios.

Cuando se fué mi mujer al cuarto del niño, pregunté yo al médico.

– ¿Cree usted que curará?

– Creo que sí, y si no, apelaríamos á un recurso extremo.

– ¿Cuál?

– ¿Para qué hablar ahora de eso? Si llega el caso ya...

– No, no, interrumpí yo; diga usted qué recurso extremo sería ese.

– ¡La amputación!

Oyóse un grito ahogado. Era mi mujer que se había acercado sin ser vista ni oída y escuchó la terrible frase del médico.

– Señora, señora, dijo éste lamentando lo ocurrido, no hay que alarmarse... Son eventualidades remotas. El médico está obligado á prevenirlo todo.

Angela se tranquilizó aparentemente y contestó:

– Sí, lo sé; pero ¿verdad que curará?

Se convino en que el doctor volvería á la semana siguiente para esperar los resultados del nuevo plan curativo.

La idea de la amputación era terrible Yo no podía imaginarme á Filipín sin una pierna Comencé entonces á conocer el sentimiento de la paternidad: la pierna de Filipín me pertenecía; yo no debía permitir que el cirujano la cortase. Quería que mi mujer pensara como yo; que protestara enérgicamente de la barbarie que se tramaba en nuestro daño. Angela me contestaba:

– Confiemos en que no será necesario.

Había momentos y aun días en que mi Filipín no sentía dolor alguno, momentos en los que reía y jugaba, pero no como en otro tiempo. Le compré un cochecito, y cuando hacía un día hermoso le paseábamos por el jardín y el bebía con avidez el aire libre, se bañaba en rayos de sol, aspiraba con delicia los perfumes de las flores y se extasiaba siguiendo el vuelo de las mariposas; ¡él, que poco tiempo antes era una mariposa y una flor!

A veces era preciso sujetarle, pues olvidando su mal, intentaba bajarse del cochecito y saltar y correr como los otros niños. ¡Ay! ¿Por qué mi hijo había de ser el desdichado?

Mi Filipín no se daba cuenta de la gravedad de su estado. Todos los días preguntaba:

– Mamá, ¿estaré bueno mañana? ¿Me levantaré mañana?

Para él mañana era el día en que volvería á ser lo que antes era. Su mamá secundaba aquellas fantasías; yo cuando oía aquellas inocentes preguntas apenas si podía reprimir las lágrimas que acudían á mis ojos.

Cuando la muchacha se fatigaba de llevar el cochecito, Angela, que era la única persona á quien el niño obedecía y que debía ir á su lado para cuidarlo, me decía:

– Jenaro, descansa un momento á la muchacha, pasea el niño

Yo obedecía, y así empecé á conquistar el cariño y la confianza de mi hijo. ¡Era tan hermoso! El viento jugueteaba con los dorados ricillos que caían sobre su frente y el sol teñía de rosa sus descoloridas mejillas. Sus ojos perdían por un momento la expresión de dolor y de tristeza y readquirían un rayo de la antigua luz. Sus bracitos se agitaban y sus manos batían palmas de alegría.

– ¡Cuán hermoso es!, dije una tarde delante de Angela.

– ¡Oh!, respondió mi mujer. ¿Y antes?

Y sus pupilas se humedecieron y pareció que miraban al tiempo pasado.

Todas las mañanas cuando no venía el médico hacía la cura al niño con una seguridad y un cuidado admirables: al verla hubiérase dicho que tenía muchos años de práctica en un hospital. Era innegable; mi mujer poseía algunas buenas cualidades, y era extraño por lo menos que quisiera yo separarme de ella, cuando hay maridos que..... Sólo aquella maldita incompatibilidad de caracteres..... y además ella también deseaba la separación.....

Y si el pobre Filipín no se curase.... ¡Oh! ¡Aquella idea era horrible!

Yo no me sentía con fuerzas para presenciar las curaciones y preguntaba á Angela:

– ¿Cómo está?

Y esta pregunta no recibía nunca una satisfactoria respuesta.

La nueva visita del médico Gutiérrez tuvo un resultado desconsolador.

– El niño no ha mejorado, dijo, respondiendo á las ansiosas miradas de Angela y mías.

Consultó después con sus colegas; y terminada la consulta, me llamó aparte y me dijo:

– Aún puede tenerse alguna esperanza..... ¿Quién sabe? La naturaleza hace milagros; mas si el milagro no se hace, es preciso apelar al último medio que da la ciencia.

– ¡La amputación!, exclamé.

La tremenda palabra quemaba mi lengua.

Mi mujer se acercó á nosotros.

Todo lo había adivinado.

Apoyó su mano en mi hombro y dijo:

– ¡Valor!

¡Ella infundiéndome valor!

– No es urgente el caso, continuó el doctor; pero no debe esperarse á que la enfermedad tome mayor desarrollo para no hallar al niño débil y sin fuerzas. Volveré dentro de pocos días, y entonces. ...

– ¿Está V. seguro de salvarlo con la amputación?, interrumpió Angela.

– Seguridad absoluta no se tiene nunca, pero se puede tener una seguridad relativa.

Si el niño no fuese robusto, si el mal no hubiera tenido una causa traumática, confieso que no me atrevería á aconsejar este medio; pero en este caso hay un sesenta por ciento de probabilidades fovorables.

– ¡Un sesenta por ciento', dije, y las otras cuarenta...

– Amigo mío, contestó el médico, el caso es grave y no hay que hacerse ilusiones. Un sesenta por ciento de probabilidades favorables, vale más que un noventa y nueve por ciento de probabilidades contrarias.

– ¿Luego no hay otro remedio?, exclamé con el alma angustiada.

– Si en el término de ocho días no se declara una crisis favorable, no veo otro.

No pude oir más, y salí de la habitación. Mi mujer preguntó al médico:

– ¿Volverá V. la semana próxima?

Aquel mismo día, aprovechando un rato en que dormía el niño, dije á Angela:

– Los médicos opinarán lo que quieran, pero nosotros no debemos permitir que corten la pierna á á nuestro hijo. ¡Hacerle infeliz! No, no debemos consentirlo.

– ¿Pero y si se muere?

– Será una desgracia, una desgracia inmensa; pero

no habremos consentido una crueldad, no le habremos sacrificado á nuestro egoísmo.

– ¡Jenaro! ¡Jenaro!, prorrumpió mi mujer dando un grito que me desgarró el alma. ¿Y le dejaremos morir?

Quise responder que sí, pero los labios se negaron á pronunciar aquella bárbara palabra.

¡Maldita sea la medicina! ¡Malditos los médicos! Son todos unos ignorantes, unos estúpidos. No, no ha de ser.

Me levanté entonces y exclamé:

– Quiero que le vea otro médico. Y al fin del mundo iré á buscarlo si es preciso, antes que tal suceda.

Angela no me contradijo; pero evidentemente nada esperaba de la nueva consulta que yo quería hacer, sin saber aún á quién.

Después de meditarlo detenidamente, decidí ir en busca de un médico muy celebrado que residía en Barcelona y resolví ir allá.

Dispuse en pocas horas el viaje, y al despedirme de mi hijo, dándole un beso, díjome el niño:

– Papaíto, ¿tardarás mucho? Tráeme un juguete.

Le prometí traerle el juguete y él me dió un beso sonriendo.

Estaba delgado, pálido.

Aquella melancólica y triste sonrisa, en aquella carita de cera, me hizo un daño que á nada puedo comparar.

– Vuelve pronto, me encargó Angela, acompañándome hasta la escalera.

– Pasado mañana estaré de vuelta.

Nos dimos mutuamente la mano, que estrechamos con fuerza.

Nadie hubiera dicho que éramos dos esposos resueltos á separarnos.

Llegué á Barcelona, fuí en busca del doctor y supe que hacía unos días que se hallaba en Figueras.

Partí para Figueras y telegrafié á Angela diciéndole lo que ocurría.

En Figueras sufrí otro contratiempo, el médico no se hallaba en la ciudad, sino en una casa de campo con un amigo suyo. Dijéronme que volvería por la noche y le esperé. A más de las doce llegó la eminencia médico-quirúrgica; le expuse mi pretensión y me dijo que no podía salir de Figueras, pues estaba encargado de la curación de la marquesa de... no recuerdo, y el caso era grave é ineludible el compromiso

Mi viaje no pudo ser más desgraciado. Hacía tres días que me había ausentado de mi casa y nada sabía de mi hijo.

Llegué á Barcelona, y allí me encontré un telegrama de mi mujer, que decía: – «El médico anticipó su venida; dice que no hay tiempo que perder. Ven pronto.»

Al leer este telégrama creí morir.

¿Qué ocurre? ¡No había tiempo que perder! ¡Esto significaba que era necesaria la amputación! ¡Y me llamaban para presenciarla! ¡Quería que viese cómo mutilaban á mi hijo!

Quizá por culpa mía se malograra la operación. Me pareció ver al doctor en el cuarto del niño con los instrumentos terribles en la mano, esperando mi llegada para cortar sin misericordia.

¿Y si ya no fuese tiempo? ¿Llegaré para ver morir á mi hijo?

Quise persuadirme de que era mejor verle muerto que mutilado, mas no pude lograrlo.

Sí, sí, me decía, dejaré que le hagan la amputación, todo lo que quieran, pero que le salven, que no vea yo muerto á mi Filipín

Llegué al fin. En la estación del ferrocarril no me esperaba nadie.

Subí corriendo la escalera de mi casa. Angela me había oído y salió á abrir la puerta.

– Di pronto; ¿el niño? ¡Habla! grité ahogándome de pena.

– Ahora duerme; entra. ¡Pobre Filipín!

– ¿Y el médico?

– Se ha marchado.

– ¿Cómo? Es preciso llamarle. No hay tiempo que perder, tú misma me lo has telegrafiado. No me opongo..... sabes..... No me opongo ya á la amputación.

– ¡Ah, no!, exclamó Angela con un acento de alegría que me pareció muy extraño en aquel momento.

– No nos detengamos, añadí. ¡Quiera el cielo que no se haya esperado demasiado!

– Jenaro, dijo mi mujer cogiendo mis manos, ¿me perdonas?

– ¿Perdonarte? ¡Habla por amor de Dios! ¿Ha ocurrido alguna desgracia que no te atreves á decirme?

– No, te lo juro; es que...

– Estás turbada... Quiero ver á Filipín.

– Espera, espera, gritó Angela. El médico consintió en aguardar un día, pero nada más, porque... El caso era urgente... Se había agravado; por momentos podía declarársele la gangrena.

Comencé á presentir la verdad; pero no tenía fuerzas para articular una palabra; apenas respiraba.

– El médico me dijo: ¿Se siente usted con fuerzas para cargar con una gran responsabilidad?

– ¡Dios mío! Creo haber comprendido...

– Pero ¿se salvará?, grité yo.

– Si no se hace la operación la muerte...

– Muerto, ¿oyes Jenaro? Muerto.

– ¿Y tú?...

– Yo respondí: asumo la responsabilidad. Jenaro, ¿me perdonas?

– Continúa; ¿la amputación?...

– Se hizo ayer.

Lloré durante un largo rato.

Después exclamé: ¡Pobre hijo mío, pobre criatura!

– ¿Y ha podido resistir?

– Le dieron el cloroformo. Me miró con sus hermosos ojos llenos de amor, y me dijo: «Mamá, ¿qué es esto? ¡No, mamá, no!, yo no quiero.» Inclinó la cabecita y quedóse aletargado. Entonces...

– ¡Oh, calla! ¿Tu presenciaste?...

– Querían que estuviera en la habitación de al lado, pero me negué. Estuve con él hasta el fin. Pocos minutos, un siglo, no sé... Lo oí todo, todo lo oí... ¡Oh, el rechinar estridente de la sierra le tengo aquí en el alma; aquella sangre la veré correr siempre, siempre!

Y cuando la operación acabó, aquella pierna que tantas veces besé, que tanto ha sufrido, que fué mi orgullo, que era carne mía, ¡qué digo mía, de mi hijo!, fué colocada sobre una mesa como algo inútil.

Calló la pobre Angela; el dolor no la dejaba continuar.

Durante un largo rato lloramos los dos en silencio.

Después dije:

– ¿Y cuándo volvió en sí Filipín?

– El pobrecito no se da cuenta de su desgracia. Al verse vendado, preguntó:

– Mamá, ¿y mi pierna? ¿Se me ha caído?

Yo no pude contestar.

El médico le dijo:

– No te cuides de eso; ya verás qué pronto te pones bueno.

– ¿Pero me volverá á crecer la pierna?

Callamos todos, y él empezó á quejarse de un gran dolor en la rodilla.

¡En la rodilla que ya no tiene!

– Angela, tú sabes querer más que yo á nuestro hijo; tú has tenido valor para presenciar esa terrible escena, y á mí me falta hasta para ver á mi cojito del alma.

Sequé mis lágrimas, entré en la habitación de Filipín, que dormía en aquel momento. ¡Hijo mío! ¿Dónde estás? ¿Eres aquel mismo cuyas mejillas eran de rosas?

Tanta era su palidez, que hubiera creído que no existía, á no ser por la débil respiración que movía su pecho.

Le contemplé en silencio algunos minutos, toqué su frente y vi que tenía una fuerte calentura.

Para ocultar mis lágrimas me aparté de la cama de Filipín, y apoyé mi frente, que ardía, sobre los cristales del balcón.

Así estuve un largo rato sin conciencia, sin ver lo que en la calle pasaba.

Salí de aquel estado de imbecilidad, producido por el intenso dolor que me dominaba, al ver en la calle á dos chicuelos harapientos y astrosos que corrían uno tras del otro, gritando y diciendo el de atrás: «¡Corre, corre, que te cojo!»

– ¡Papá!, oí entonces; me volví, y vi al niño inquieto y agitando fuera de las sábanas sus descarnadas manitas.

– Está delirando, me dijo Angela.

¡Deliraba!, y en su delirio me llamaba á mí, que durante cuatro años apenas le había acariciado alguna que otra vez!

Pronunció después palabras ininteligibles. Luego dijo con voz clara:

– Una, dos, tres... Más aprisa... Tu pagas... Salto más que tú.

En su delirio creía estar saltando á la comba en compañía de otros niños.

La calentura y el delirio duró todo aquel día.

A la mañana siguiente estaba más tranquilo: disminuyó bastante la calentura, desapareció el delirio y me reconoció.

Al verme, me dijo:

– Papaíto, ¿me has traído un juguete de Barcelona?

– No, hijo mío, no tuve tiempo; pero...

– Me alegro, interrumpió el niño, porque vas á tener que comprarme...

– Te compraré todo lo que quieras.

– Unas muletas con las que andaré hasta que me crezca la pierna, y me divertiré mucho como si jugara con unos zancos, como el chico de la portera.

Fué tan grande su deseo de tener unas muletas, que á los pocos días tuve que comprárselas.

Cuando las vió se puso muy contento. Aquella fué su última alegría, tener á su lado en la cama las muletas que no llegó á usar.

No puedo recordar lo que pasó en los últimos días de su vida, sólo sé que murió mi amado cojito.

Ya tengo cincuenta y dos años, y el cielo no ha querido darme más hijos.

Uno tuve, y quise romper los lazos que á su madre me unían.

Murió Filipín, y los lazos se estrecharon, el dolor los apretó.

Hoy Angela y yo vivimos compartiendo un recuerdo, besando de cuando en cuando unas muletas y yendo todas las semanas á visitar el sitio en que descansa el pobre Filipín.

FILIBERTO OSORIO



UNA EXCURSIÓN POR EL LAGO, cuadro de Fernando Heilbuth

SECCION AMERICANA

EL DEMONIO DE LOS ANDES

TRADICIONES HISTÓRICAS SOBRE EL CONQUISTADOR FRANCISCO DE CARBAJAL

POR RICARDO PALMA

(Continuación)

I

LOS TRES MOTIVOS DEL OIDOR

El 27 de Octubre de 1544 estaban los vecinos de Lima que no les llegaba la camisa al cuerpo. Y con razón, eso sí.

Al levantarse de la cama y abrir puertas para dar libre paso á la gracia de Dios, se hallaron con la tremenda noticia de que Francisco de Carbajal, sin ser de nadie sentido, se había colado en la ciudad con cincuenta de los suyos, puesto en prisión á varios sujetos principales tildados de amigos del virrey Blasco Núñez, y ahorcado, no como quiera, á un par de pobres diablos, sino á Pedro del Barco y Machín de Florencia, hombres de fuste, y tanto que fueron del número de los primeros conquistadores, es decir, de los que capturaron á Atahualpa en la plaza de Cajamarca.

Carbajal previno caritativamente á los vecinos de Lima que estaba resuelto á seguir ahorcando prójimos y saquear la ciudad, si ésta no aceptaba por Gobernador del Perú á Gonzalo Pizarro, quien con el grueso de su ejército se encontraba esperando la respuesta á dos leguas de camino.

Componían á la sazón la Real Audiencia los licenciados Cepeda, Tejada y Zárate; pues el licenciado Alvarez había huído el bulto y declarádose en favor del virrey.

Asustados los oidores con la amenaza de Carbajal, convocaron á los notables en cabildo. Discutióse el punto muy á la ligera, pues no había tiempo que perder en largos discursos ni en flores de retórica, y extendióse acta reconociendo á Gonzalo por Gobernador.

Cuando le llegó turno de firmar al oidor Zárate, que según el Palentino era un viejo chocho, empezó por dibujar una ✝ y bajo de ella, antes de estampar su garabato, escribió: *Juro á Dios y á esta ✝ y á las palabras de los santos Evangelios que firmo por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo.*

Vivía el oidor Zárate en compañía de una hija, doña Teresa, moza de veinte mayos muy lozanos, linda desde el zapato á la peineta y que traía en las venas todo el ardor de su sangre andaluza; causa más que suficiente para barruntar que el estado de doncellez se la iba haciendo muy cuesta arriba. Añada usted que la chica no leía otros libros que *Vidas de Santos*, que tengo para mí que son la más pecaminosa de las lecturas. Vidas hay escritas con tal desenfado en la frase y lubricidad en las imágenes, que más que á la literatura mística pertenecen á la literatura de burdel.

La muchacha, cosa natural en las rapazas, tenía su quebradero de cabeza con Blasco de Soto, alférez de los tercios de Carbajal, quien la pidió al padre y vió rechazada la demanda; que su merced quería para marido de su hija hombre de caudal saneado. No se descorazonó el galán con la negativa y puso su cuita en conocimiento de Carbajal.

– ¡Cómo se entiende!, gritó furioso D. Francisco. ¡Un oidor de mogiganga desairar á mi alférez, que es un chico como unas perlas! Conmigo se las habrá el abuelo. Vamos, galopín, no te atortoles, que ó no soy Francisco de Carbajal ó mañana te casas. Yo apadrino tu boda y basta. Duéleme que estés de veras enamorado; porque has de saber, muchacho, que el amor es el vino que más presto se avinagra; pero eso no es cuenta mía, sino tuya, y tu alma tu palma. Lo que yo tengo que hacer es casarte, y te casaré como hay viñas en Jerez, y entre tú y la Teresa multiplicaréis hasta que se gaste la pizarra.

Y el maestre de campo enderezó á casa del oidor, y sin andarse con dibujos de escolar pidió para su ahijado la mano de la niña. El pobre Zárate se vió comido de gusanos, balbuceó mil excusas y terminó dándose á partido. Pero cuando el notario le exigió que escribiese el consentimiento, lanzó el buen viejo un suspiro, cogió la pluma de ganso y escribió. *Conste por esta señal de ✝ que consiento por tres motivos: por miedo, por miedo y por miedo.*

Así llegó á hacerse proverbial en Lima esta frase: *los tres motivos del oidor*; frase que hemos recogido de boca de muchos viejos, y que vale tanto como aquella de las noventa y nueve razones que alegaba el artillero para no haber hecho una salva: razón primera, no tener pólvora; guárdese en el pecho las noventa y ocho restantes.

A poco del matrimonio de la hija, cayó Zárate gravemente enfermo de disentería, y en la noche que recibió la extremaunción llegó á visitarlo Carbajal y le dijo:

– Vuesamerced se muere porque quiere. Déjese de galenos y bébase en tisana una pulgarada de polvos de cuerno de unicornio, que son tan eficaces para su mal como huesecito de santo.

– No, mi señor D. Francisco, contestó el enfermo; me muero, no por mi voluntad, sino por tres motivos....

– No los diga, que los sé, interrumpió Carbajal, y salió riéndose del aposento del moribundo.

II

EL QUE SE AHOGÓ EN POCA AGUA

Dicen los fatalistas que la que está de condenarse, desde chiquita no reza; que á cerdo que es para boca de lobo, no hay san Antón que lo guarde, y que el que nació para ahogarse, pierde el resuello en un charco de ranas.

No parece sino que para dar razón á tal doctrina, matadora del libre albedrío y anatematizada por la Iglesia, hubiera Dios echado al mundo á Juan de Porras, soldado que acompañó á Pizarro en la proeza de Cajamarca y á quien tocó del tesoro acumulado para rescate de Atahualpa una partija de ciento ochenta y un marcos de plata y cuatro mil quinientas cuarenta onzas de oro.

Juan de Porras blasonaba de hidalgo y decía que el escudo de su familia era un perro negro atado á una maza ó porra, en campo de oro. Y ciertamente que esas son las armas de los Porras en todos los libros de heráldica que por incidencia hemos consultado.



ESTATUA DE JACINTO RIGAUD
Inaugurada en Perpignán el día 20 de julio último

Corriendo los días, Juan de Porras, que era de genio inquieto y revoltoso entre los revoltosos, pasóse del bando del marqués al del Adelantado D. Diego, y como todos sus compañeros de desdicha, después de la batalla de las Salinas tuvo que pasar la pena negra, porque el vencedor dió palo de firme en los vencidos. ¡Eso sí que fué *argolla* y no la de mi paisano!

Al fin reventó la cuerda, y armada en Lima la tremenda para asesinar á Francisco Pizarro, fué Porras uno de los que, con Juan de Rada, salieron del callejón de los Clérigos en demanda del gobernador. La mayor parte de los conjurados eran de aquella gente malvada y fanática á la vez, que se persigna al ir á cometer un crimen y exclama: «Madre y señora mía del Carmen, que me salga bien dada esta puñalada, y te ofrezco un cirio de á libra para tu altar.»

Gómez Pérez, otro de los conjurados, dió un rodeo para no meter los pies en un charco de agua, formado por la ligera lluvia ó garúa con que el invierno se manifiesta en Lima, y Rada lo apostrofó con estas palabras:

– Cargado de hierro, cargado de miedo. Vamos á bañarnos en sangre, y vuesamerced está huyendo de mojarse los pies. Andad y volveos, que no servís para el caso.

Juan de Porras también le clavó un puyazo á su compañero:

– Vaya, Gómez Pérez, que estáis hecho una doña Melindres y que el charco se os antoja brazo de mar.

Y tras de echar un taco redondo, puso los pies en mitad del charco, diciendo:

– ¡Caracoles! ¡Ahógueme yo en tan poca agua!

– ¡Oigate Dios, compadre, y lo que dice tu lengua pague tu gorja!, le contestó Gómez Pérez entre mohino y zumbático; y obedeciendo la orden de Juan de Rada se regresó el muy cobardote al callejón de los Clérigos.

Gómez Pérez fué un pícaro de encargo, díscolo, fanfarrón y gallina y que anduvo siempre más torcido que conciencia de escribano. Así lo pintan los historiadores. Pero es preciso convenir en que á veces Dios está con humor de gorja, porque oye hasta las plegarias de los pícaros.

Y si no, van ustedes á saber cómo oyó la de Gómez Pérez.

Cuando Gonzalo Pizarro, alzado ya contra el virrey Blasco Núñez de Vela, llegó á Lima para recibir de los oidores vecinos el nombramiento de gobernador del Perú, fué uno de sus primeros actos echarse á perseguir á varios de los que, con razón ó sin ella, eran tildados de desafectos á su causa, y entre ellos al capitán Garcilaso de la Vega, quien tomó asilo en el convento de Santo Domingo.

Don Francisco de Carbajal recibió la orden de allanar el convento y no dejar escondrijo sin registro, y para cumplirla acompañóse de Porras y cuatro soldados. Cedamos aquí la palabra al cronista de *Los Comentarios reales*, que él cuenta las cosas sin floreos y mejor de lo que nuestra pluma pudiera hacello. Así no tendrá nadie derecho para decirme que hablo á la birlonga ó sin fundamento.

«Alzó Carbajal los manteles del altar mayor, que era hueco, y vió á un infeliz soldado, Rodrigo Núñez, que también andaba fugitivo. Mas como no era

VENTUROSOS DÍAS DE PRIMAVERA



LAS LAVANDERAS, cuadro de D. Tomás Muñoz y Lucena

(Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1890)

Garcilaso, que era al que Carbajal tenía empeño en prender, soltó los manteles, diciendo en alta voz: «No está aquí el que buscamos.» En pos de él llegó Porras y, mostrándose muy diligente, alzó los manteles y descubrió al que ya Carbajal había perdonado, y dijo: «Aquí hay uno de los traidores.» A Carbajal le pesó de que lo descubriese, y dijo con mal gesto: «Ya yo lo había visto.» Mas como el pobre soldado fuese de los muy culpados contra Gonzalo, no pudo excusarse Carbajal de ahorcarlo, sacándolo confesado del convento.

»Pero Dios castigó pronto al denunciante. Tres meses después salió Porras á desempeñar una comisión en Huamanga. El caballo, que iba caluroso, cansado y sediento, se puso á beber en un charquillo pequeño donde el mismo Porras le guió para que bebiese, y habiendo bebido se dejó caer en el charco y cogió una pierna á su amo debajo, y acertó Porras á caer hacia la parte alta de donde venía el agua. No pudo salir de debajo del caballo ni tuvo maña para que éste levantara, y así se estuvieron quedos hasta que se ahogó Porras con tan poca agua que no llegaba, con estar caído, ni al pescuezo del caballo. Vinieron otros caminantes, levantaron el animal y enterraron al jinete.»

Desde entonces quedó por refrán entre los españoles del Perú el decir, cuando un cristiano se atortola y mete en confusiones por asunto que no es de gravedad ó que tiene fácil remedio:

«¡Eh! No hay que ahogarse en poca agua, como Juan de Porras,» refrán que era de uso constante en boca de Carbajal.

III.

SI TE DIEREN HOGAZA NO PIDAS TORTA

Crueldades aparte, es Francisco de Carbajal una de las figuras históricas que más en gracia me han caído.

Como en otra ocasión lo he relatado, nació Carbajal en Rágama (aldea de Arévalo), y el autor de los *Mármoles parlantes* dice, no sé con qué fundamento, que fué hijo natural del terrible César Borgia, y por ende nieto del papa Alejandro VI. A comprobarse este dato, no habrá ya por qué admirarse de la ferocidad de nuestro hombre, que en la sangre traía los instintos del tigre. La raza no desmintió en él.

Después de haber militado largamente en España, hallándose en la batalla de Pavía, en el sitio de Ravena y en el saco de Roma *con Borbón por Carlos Quinto*, como reza el romance, vínose á Méjico, con su querida Catalina Leytón, en comitiva del virrey Mendoza, conde de Tendiela y marqués de Mondéjar.

Fué Catalina una dama portuguesa, y la única mujer que algún dominio ejercía sobre el *Demonio de los Andes*. Sin embargo, no la trataba con grandes miramientos; pues habiendo en Arequipa convidado á comer á varios de sus amigos, éstos se excedieron en la bebida y, al verlos caídos bajo la mesa, exclamó Doña Catalina: «¡Guay del Perú! ¡Y cuál están los que lo gobiernan!» Mas Carbajal atajó la murmuración de su querida, diciéndola con aspereza: «Cállate, vieja ruin, y déjalos dormir el vino por un par de horitas; que en disipándoseles la embriaguez, el que menos de ellos es capaz de gobernar, no digo el Perú, sino medio mundo.»

A la llegada de Carbajal á América encontrábase D. Francisco Pizarro en serios aprietos. La sublevación de indios era general en el Perú; y si los españoles del Cuzco soportaban un tremendo sitio, no era menor el conflicto de los de Lima que veían el cerro de San Cristóbal coronado por un ejército rebelde.

El virrey de Méjico, tan luego como tuvo noticia del peligro de sus compatriotas, dió á Francisco de Carbajal el mando de doscientos soldados aguerridos, y sin perder minuto lo envió en socorro de los conquistadores. Pero aunque Carbajal llegó al Perú cuando ya la tormenta había casi desaparecido, no por eso dejó de ser recompensado con profusión.

La liberalidad de Pizarro le conquistó para siempre el cariño de nuestro viejo capitán, que tenía el feo vicio de amar mucho el oro. Y tanto fué el afecto del capitán por el marqués, que puede decirse que sin él no habría sido vengada la muerte de Pizarro, en la batalla de Chupas, donde, como es sabido, sólo á la pericia militar de Carbajal se debió la victoria contra las entusiastas tropas de Almagro el Mozo.

Cuando vino el primer virrey Blasco Núñez á poner en ejecución las ordenanzas reales, Carbajal, que acababa de perder á su querida, vendió sus bienes en doce mil castellanos de oro, y se dispuso para regresar á España. Pero el hombre propone y Dios dispone.

Ni en el Callao, ni en Nasca, Quilca y otros puertos de la costa encontró don Francisco navío listo para conducirlo á la Península. Fué entonces cuando en un arrebato de rabia exclamó: «Pues que tierra y mar no consienten que en tal coyuntura pueda yo escapar de esta madriguera, juro y prometo que de aquí para siempre jamás, hasta que el mundo se acabe, ha de quedar en el Perú memoria de Francisco de Carbajal.»

¡Y vaya si dejó nombre!

Basta leer al Palentino ó cualquiera otro de los que sobre las guerras civiles de los conquistadores escribieron, para que se le ericen á uno los cabellos ante la sangre fría y el desparpajo con que Carbajal cortaba pescuezos, no diré á hombres de guerra, que al fin en ellos es merma del oficio el morir de mala muerte, sino hasta á frailes y mujeres.

Carbajal es una especie de ogro, un tipo legendario, un hombre enigma. En nuestra historia colonial no hay figura que más cautive la fantasía del poeta y del novelista. Grande y pequeño, generoso y mezquino, noble y villano, fué Carbajal una contradicción viviente. Con sentimientos religiosos que no eran los de su siglo, con una palabra en la que bullían el chiste travieso ó el sarcasmo del hombre descreído, con una crueldad que trae á la memoria los sanguinarios refinamientos de los tiranos de la Roma pagana, hay que admirar en él su abnegación y lealtad por el amigo y la energía de su espíritu. Celoso de la disciplina de sus soldados y entendido y valiente capitán, la victoria fué para él sumisa cortesana. Sagaz y experimentado político, es seguro que, á haber seguido sus consejos é inspiraciones, en vez de finar en el cadalso, otro gallo le habría cantado al *muy magnífico* señor D. Gonzalo Pizarro.

Presentáronle una tarde á Carbajal cuatro soldados españoles, de los que seguían la bandera del virrey, y que acababan de caer prisioneros en una escaramuza habida cerca de Ayabaca. Después de breve interrogatorio á cada uno de ellos, D. Francisco, cuya gordura picaba en obesidad, se cruzaba las manos sobre el abultado abdomen y concluía con esta horripilante frase: «Hermanito, póngase bien con Dios, ya que conmigo no hay forma de composición.»

Quedaba el último de los prisioneros, que era un mancebo de veinte años. Por supuesto, que el pobrete, viendo que iban á peinarles las barbas á sus tres compañeros, ponía la suya en remojo.

– ¿Cómo te llamas, buena alhaja?, le interrogó Carbajal.

– ¿Lope Betanzos, para servir á su señoría, contestó el soldado.

– ¡Betanzos! Apellido es de buena cepa. ¿Y dé qué tierra de España?

– De Vitigudino, en Castilla.

– Pues sábete, arrapiezo, que el señor tu padre fué el mayor amigo que en mis mocedades tuve y que algunas bromas corrimos juntos en tiempos del condestable. El ser hijo de quien eres válete más que el ser devoto de algún santo para que el pescuezo no te huela á cáñamo.

Y volviéndose á uno de los que lo acompañaban, añadió Carbajal:

– Alférez Ramírez, numere vuesamerced en su compañía á este mozo, si es que de buen grado se aviene á cambiar de bandera.

El prisionero, que motivo tenía para contarse entre los difuntos, se regocijó como el que vuelve á la vida, y dijo de corrido:

– Señor, yo prometo de aquí adelante y juro por mi parte de paraíso servir á vueseñoría y al señor gobernador, y derramar la sangre de mis venas en su guarda y defensa.

– Dios te mantenga en tan honrado propósito, muchacho, y medrarás conmigo, que por venir de quien vienes te quiero como el padre que te engendró.

Y lo despidió dándole una palmadita en la mejilla, con no poco asombro de los presentes, que jamás habían visto al *Demonio de los Andes* tan afectuoso con el prójimo.

Pero condenada estrella alumbraba á Lope Betanzos; porque alentado con las muestras de cariño que le dispensara D. Francisco, no giró sobre sus talones, sino que, permaneciendo como clavado en el sitio, se atrevió á decir:

– Pues tanta merced me hace su señoría, quisiera que, para que mejor pueda llenar mi obligación, mande que se me devuelva mi caballo, siquiera para que pueda alzar los pies del suelo.

Nunca tal deseo formulara el infeliz. A Carbajal se le inyectaron los ojos, y murmuró con voz ronca:

– ¡Hola! ¡Hola! ¿Danle hogaza y quiere torta? Ya te lo dirán de misas, bellaco. Eres como el abad de Compostela, que se comió el cocido y aun quiso la cazuela.

Y volviéndose al negro que cerca de él ejercía funciones de verdugo, añadió:

– Mira, Caracciolo, ahórcame luego á este barbilindo, y sea de un árbol, y de manera que tenga los pies bien altos del suelo, todo cuanto él sea servido.

Lope Betanzos quiso reparar su imprudencia, y lleno de tribulación repuso:

– Perdóneme vueseñoría, que yo le seguiré á pie y aun de rodillas; porque de la suerte que vueseñoría manda, no querría yo alzar los pies del suelo.

Pero Carbajal le volvió la espalda, murmurando:

– ¿Habráse visto tozudo? La cuerda lo hará discreto.

Y se alejó canturreando una de sus tonadillas favoritas:

Mi comadre, mi comadre la alcaldesa,
Nunca en la suya, siempre en mi mesa,
Y cada año me endilga un ahijado.
¡Qué compadre tan afortunado!

(Continuará.)

EL CENSO DE LOS ESTADOS UNIDOS

El censo de los Estados Unidos está casi terminado, y se han publicado ya algunos datos sobre el número de la población. Algunos pueblos rivales se ríen acerca de la exactitud de estas cifras; pero creemos que lo que se ha trazado á grandes rasgos sufrirá una modificación muy insignificante, por los informes definitivos que nos prometen las autoridades de Wáshington, para el mes de Setiembre próximo.

De los informes publicados hasta ahora, resulta que á esta ciudad corresponde el primer puesto y el segundo á Chicago. La Reina de Oeste se le ha ido por delante á Filadelfia, que, según el censo de 1880, ocupaba un lugar después de Nueva York y Brooklyn; Chicago ha dejado también muy por detrás á su antiguo rival Saint Louis.

El hecho que se desprende de este censo, y que es incontestable, es el desarrollo de Chicago, cuya población fué de 291.977 almas en 1870 y de 503.185 en 1880, llegando en 1890 á 1.086 000. Esta ciudad ha pasado en el período de 20 años del quinto lugar que ocupaba al segundo en la lista de las grandes ciudades americanas; pero es justo hacer notar que durante este último intervalo, Chicago se ha absorbido muchas aldeas de su alrededor haciendo mayor de esta manera la extensión de su esfera territorial.

El siguiente cuadro da el estado comparativo de los puntos principales americanos por los dos censos recientes de 1880 y 1890, á excepción del estado de la población de San Francisco, que no se ha recibido:

Poblaciones	1880	1890
Nueva York.	1.206.299	1.627.250
Chicago.	508.106	1.086.000
Filadelfia.	847.170	1.040.490
Brooklyn.	566.663	806.583
Baltimore	322.313	432.094
Saint Louis.	350.518	450.000
Cincinnati.	255.139	315.000
Pittsburg.	156.389	250.000
Buffalo.	155.134	250.000

Por lo demás, el censo da á Nueva Orleans una población de 246.000, á Cleveland de 248.000 y á Detroit de 187.000 almas. Wáshington, la capital del país, ha aumentado su población de 147.293 en 1880 á 228.168 habitantes en 1890.

El director del Censo ha calculado por los informes recibidos hasta ahora que la población de la Unión Norte-Americana llega, poco más ó menos, á 64.500 000 habitantes, ó sea un aumento en números redondos de 14.000.000 desde 1880, realizando de esta manera la profecía emitida acerca de la última década.

(De *La Ilustración Norte-Americana*)

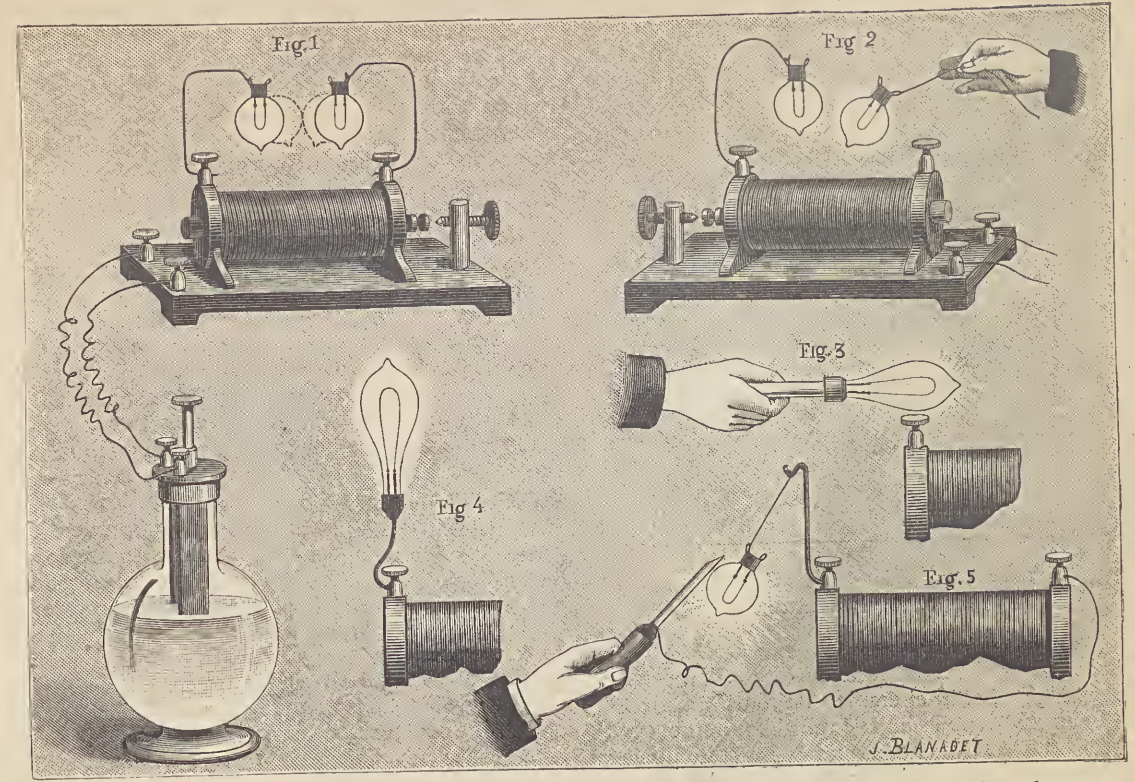
SECCIÓN CIENTÍFICA

EXPERIMENTOS DE ELECTRICIDAD

He aquí la descripción de algunos experimentos muy interesantes que pueden hacerse con una bobina de Ruhmkorff y lámparas incandescentes.

Si en los botones del circuito secundario de una bobina de Ruhmkorff (fig. 1) se fijan dos alambres encorvados que sostengan una lámpara incandescente cada uno, obsérvase una atracción entre las dos lámparas en el momento del paso de la corriente: este fenómeno se produce especialmente á una distancia de 3 á 5 milímetros. Pero hay que tener cuidado de que los soportes sean muy flexibles, siendo lo más propio para ello un alambre de cobre de 1 milímetro de diámetro, aislado con gutapercha. Importa también evitar las chispas directas entre los cubos de las lámparas. Para que la atracción se verifique, es preciso que se produzca un efluvio que atraviese las dos lámparas y las obligue á aproximarse. Se puede asimismo suspender una sola lámpara (fig. 2) y sostener otra delante de ella con la mano: en este caso hay también atracción de la primera lámpara y efluvio. Una lámpara colocada en un extremo del circuito secundario de una lámpara Ruhmkorff (fig. 3) se ilumina: basta también acercar una lámpara á un extremo para obtener luces bastante vivas (fig. 4). Si á una lámpara suspendida á un hilo flexible (fig. 5) se le acerca un objeto puntiagudo puesto en comunicación con el otro extremo de la bobina, se observa una atracción y una luz continuas.

Otros muchos experimentos pueden verificarse por este mismo estilo, pudiendo servir de modelo para los mismos los que hemos descrito.



Figs. 1 á 5. – Curiosos experimentos de electricidad ejecutados con una bobina de Ruhmkorff y lámparas incandescentes

CÁMARA OBSCURA DE CAMPAÑA

La cámara obscura portátil en que vamos á ocuparnos ha sido inventada por un distinguido oficial de caballería francés, el comandante H. Blain: este


Fig. *a*. – Cámara obscura portátil. – Disposición del aparato

aparato puede prestar grandes servicios á los aficionados y á los oficiales en campaña. El general de Brack dice con razón: «A un oficial de caballería le es tan indispensable saber dibujar como saber escribir; muchas veces dice más en dos líneas que en dos páginas escritas, y además algunos rasgos de lápiz se trazan más de prisa y fácilmente que una memoria y aseguran y clasifican los detalles de ésta mucho mejor que los recuerdos que se conservan de un largo reconocimiento... La costumbre de dibujar comunica á la memoria una facultad que podríamos llamar instintiva, cual es la de apoderarse, por decirlo así, sin querer y sin verse distraído por otras ideas, de la forma y del color de los objetos que ante nosotros se presentan, y ofrece una gran ventaja en la guerra, pues acostumbra á mirar y á ver bien, á apreciar las distancias y la naturaleza de los terrenos, á tener presente lo que se ha visto y sobre todo á juzgar la posibilidad de la velocidad y la oportunidad de las empresas...»

La cámara obscura, que facilita en alto grado la ejecución de croquis, se recomienda en extremo á los aficionados y á los oficiales de ejército, porque gracias á ella basta seguir con el lápiz las líneas de la imagen por medio de la misma obtenida. El nuevo aparato del comandante Blain es esencialmente portátil cuando está plegado y puede con facilidad llevarse á caballo, ya que consiste en una pequeña mesa de 40 centímetros de largo por 30 de ancho, provista de tres pies automáticos que se levantan del modo que indica la figura *a*. La cámara obscura propiamente dicha se monta sobre la mesita con una cortina opaca de una tela obscura: sobre la mesa se coloca una hoja de papel blanco, y puesta la cámara en lo más alto de los pies se la hace descender poco á poco hasta que la imagen aparezca con la limpieza necesaria, fijándola por medio de un tornillo, pudiendo entonces dibujar ó pintar sobre el papel sin más que introducir la cabeza por la abertura de la cortina. A menudo la sombra sola del cuerpo basta para que se refleje la imagen (fig. *b*), y con muy poca práctica se llega á poder pintar una acuarela sin necesidad de previo bosquejo.

Los experimentos hechos con esta cámara obscura han comprobado la suficiencia del poder reflector del aparato: la imagen obtenida es limpia, gracias á la calidad del cristal y de la lente rectilínea.

El comandante Blain, al estudiar su cámara obscura positiva, se ha propuesto especialmente proporcionar en poco tiempo á los oficiales informaciones infalibles que les permitan reproducir con gran exactitud lo que vean y cuyo empleo será eminentemente útil para apoyar las memorias de los reconocimientos.

NUEVAS APLICACIONES DE LA DISTRIBUCIÓN DE LA ENERGÍA ELÉCTRICA POR CORRIENTES ALTERNATIVAS TRANSFORMADAS

La lucha entablada entre las corrientes continuas y las alternativas es cada día más encarnizada: sin que pueda preverse aún de parte de quién se inclinará la victoria (y opinamos que ninguno de los dos sistemas resultará vencedor en definitiva, pues cada uno tiene su campo de aplicaciones importante y especial que le asegura su superioridad), no carece de interés pasar revista de los progresos realizados en menos de dos años en la aplicación de las corrientes alternativas y de los transformadores á la distribución de la energía eléctrica.

Hasta la Exposición de 1889, el empleo de transformadores de corrientes alternativas habíase exclusivamente limitado á la alimentación de lámparas incandescentes de potencial constante En gran número son los transformadores á este objeto aplicados, y aunque de formas distintas, se componen siempre en principio de dos circuitos eléctricos: uno, el primario, montado en derivación sobre los botones del generador de corriente alternativa; otro, el secundario, que alimenta las lámparas montadas en derivación.

Las líneas de fuerza desarrolladas por la corriente periódicamente variable que atraviesa el circuito primario se desarrollan en un tercer circuito, llamado circuito magnético, que se suele fabricar de hierro dulce para disminuir lo más posible la resistencia que opone á la formación del campo. La fig. 1 muestra las disposiciones interiores de un transformador de M Elihu Thomson, que hemos tomado por tipo á título de ejemplo. A fin de evitar la formación de corrientes de Foucault, ó corrientes locales parásitas, en ese circuito magnético, se le subdivide formándolo con láminas de palastro convenientemente cortadas y sobrepuestas. Los distintos tipos de transformadores actualmente empleados difieren entre sí especialmente por la combinación más ó menos acertada que ha presidido en el corte y arreglo de este circuito magnético, teniendo en cuenta una buena utilización de la materia, una economía en la mano de obra y una buena producción. Desde este último punto de vista, todos los transformadores modernos son sensiblemente equivalentes; pudiendo admitirse que para un transformador de una potencia igual ó superior á un kilowat, la producción á toda carga es de 95 por 100, á cuarto de carga de 90 por 100 y no menos de 85 por 100 cuando la carga es la décima parte de la potencia máxima. Estas condiciones industriales pueden ser calificadas de excelentes, pues son superiores á todas las conseguidas con cualquier otro aparato mecánico ó eléctrico.

El éxito logrado con los transformadores en el alumbrado por incandescencia y á distancia, no podía detenerse en esta sola aplicación: era conveniente, además, poder realizar también el alumbrado por arco voltaico, y este problema, hoy resuelto, permite una porción de soluciones interesantes, de las cuales únicamente indicaremos el principio en que se fundan, ya que las cuestiones de detalle exigen estudios teóricos que no se adaptarían bien á nuestra publicación.


Fig. *b*. – Modo de usar la cámara obscura portátil

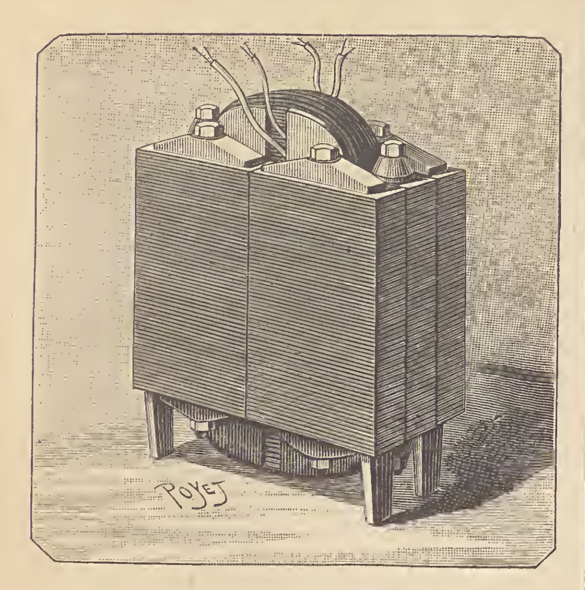


Fig. 1. – Transformador de potencia! constante de M. Elihu Thomson

La primera aplicación que en este orden de ideas podemos señalar, es el empleo de transformadores á la alimentación de la bujía Jablochkoff: en el procedimiento ordinariamente seguido para la iluminación por medio de estas bujías, se intercalan los focos en un solo circuito, lo cual les convierte en solidarios y se opone á que se alimente un número excesivo de ellos. Para obviar este inconveniente, M. Labour, ingeniero de la Sociedad *L' Eclairage electrique*, ha estudiado un transformador (fig. 2) que permite alimentar un número de bujías cualquiera, asegurando al mismo tiempo la absoluta independencia de cada foco. El circuito primario del transformador está montado en derivación sobre la canalización general, y el circuito secundario alimenta una bujía. El transformador, que es de muy pequeñas dimensiones, está colocado en el zócalo mismo del candelabro que sostiene el foco luminoso, lo que facilita la instalación y pone al transformador al abrigo de la malevolencia de todo contacto accidental.

La extinción accidental ó á voluntad de un foco cualquiera queda, pues, limitada á este foco y no perturba en nada el funcionamiento de todos los demás.

Cuando se trata de lámparas de arco, es decir, de carbones cuya aproximación debe hacerse automáticamente por un mecanismo regulador, la cuestión se complica un poco, demostrando la experiencia que hay que apelar á artificios para que la corriente proporcionada al regulador sea de intensidad constante más bien que de potencial constante, como acontece con todas las distribuciones de corrientes alternativas hasta el presente establecidas.

Ha habido, pues, que inventar nuevas disposiciones para realizar esas condiciones especiales. Una de las más ingeniosas es la del profesor M. Elihu Thomson, quien ha combinado un transformador que presenta la propiedad singular de que manteniendo una diferencia de potencial eficaz constante en los botones del circuito primario, se obtiene una intensidad eficaz constante, ó sensiblemente tal, en el circuito secundario aun para grandes variaciones de resistencia del circuito secundario, pues la fuerza electro-motriz desarrollada en éste crece con la resistencia del arco alimentado por el transformador. La fig. 3 representa las disposiciones de este transformador, compuesto, como todos los demás, de un circuito primario, de un circuito secundario y de un circuito magnético de forma especial. Este circuito magnético está formado por tres núcleos, dos de los cuales atraviesan los dos circuitos primario y secundario, y el tercero establece una derivación magnética entre ellos; derivación que puede variarse á voluntad en el aparato de experimentos representado por la fig. 3, introduciendo más ó menos profundamente una pieza de hierro laminada en una abertura practicada en el tercer núcleo. La derivación magnética así creada es la que da al transformador la propiedad de mantener la corriente constante en el secundario cuando la diferencia de potencial se mantiene constante en el primario. El arreglo de una lámpara de arco intercalado en este circuito secundario llega á ser entonces cuestión relativamente sencilla.

Otro artificio que permite obtener una intensidad sensiblemente constante en el circuito secundario que alimenta una lámpara de arco, consiste en producir una diferencia de potencial constante de 100 volts en los botones del circuito secundario, y en intercalar en éste una bobina poco resistente, pero que presente un gran coeficiente del self-inducción. La experiencia y el cálculo demuestran que en estas condiciones se obtiene una intensidad sensiblemente constante en el secundario.

Mencionemos, finalmente, la solución adoptada por la Compañía Westinghouse, que consiste en montar los transformadores en tensión sobre un circuito cuya intensidad es mantenida de una manera constante: la máquina dinamo está construída ex profeso para obtener este resultado. Todos estos procedimientos resuelven perfectamente el problema de la alimentación de las lámparas de arco por corrientes alternativas. Pero no les bastaba á los electricistas partidarios de éstas haber sabido realizar aparatos que pudieran responder á todas las necesidades del alumbrado. Dos problemas esperan todavía solución: consiste el primero en la creación de un motor de corrientes alternativas que ofrezca las mismas ventajas de funcionamiento, suspensión, producción, etc., que los motores de corriente continua; y el segundo, aun más difícil, el almacenaje ó acumulación de la energía eléctrica producida por las corrientes alternativas. El primero de estos problemas casi está resuelto, y las recientes investigaciones permiten esperar que se ha dado con una solución satisfactoria del segundo. En estas condiciones, y si como es de creer, todas las esperanzas se realizan, las últimas objeciones hechas al empleo de las corrientes alternativas no tendrán muy pronto razón de ser, y entonces será difícil fijar los límites de las aplicaciones á que podrá dar lugar la distribución de la energía eléctrica por corrientes alternativas y acumuladores.

E. Hospitalier

Fig. 3. – Transformador de M. E. Thomson que produce una intensidad constante en el circuito secundario con una diferencia de potencial constante en los hilos del circuito primario.

***

SEPULTURA GALO-ROMANA ENCONTRADA EN BEAUVAIS

Un importante descubrimiento arqueológico acaba de hacerse, en 11 de julio del presente año, en el cementerio de los Capuchinos de Beauvais. Un sepulturero avisó á M. Vignon, conservador del cementerio, que había encontrado una piedra que dificultaba la excavación de un terreno en donde se había de abrir una fosa. Después de haber practicado las excavaciones metódicas con el concurso de M. Dauchín, se descubrió el sarcófago de piedra cuya cubierta pudo levantarse con ayuda de un cric.

El cadáver había sido depositado en un ataúd de plomo cuyas paredes tenían 5 milímetros de espesor: la tapa encajaba sin necesidad de soldadura en los costados de la caja. Unos bastones perlados, tres de ellos aislados puestos á lo largo y á través hacia el centro y cuatro en aspa en los extremos, constituían todo el adorno de este sarcófago.

En el fondo de éste, entre las cenizas, sólo quedaba del cuerpo (que había sido colocado con la cabeza mirando á Levante y los pies á Poniente, al revés de lo que se acostumbraba) las dos tibias, los dos fémures, una parte de la mandíbula inferior, dos maxilares y dos incisivos. Por el volumen de estos huesos se supone que tales restos pertenecen á un hombre.

El sarcófago en que está encerrado el ataúd de plomo mide exteriormente 2'35 metros de largo por 0'90 de ancho y 0'60 de profundidad, y es de forma rectangular sin estrecharse ni descender por la parte de los pies. En sus paredes, de 0'18 metros de espesor, descansaba la tapa monumental, hueca por debajo y labrada por arriba en forma de tejado, de 0'60 metros de altura.

En el centro, en el sentido longitudinal, un travesaño de 0'65 metros cuadrados constituye una mole horizontal destinada, al parecer, á servir de base á un monumento exterior.

Este sarcófago, cuyo peso es de 4 á 5.000 kilogramos, fué tallado en un bloque de piedra probablemente sacado de las canteras abiertas y explotadas en la colina Saint Jean desde la más remota antigüedad.

En el interior, á la cabeza y á los pies del cadáver, entre el plomo y la piedra, estaban alineados siete vasos de vidrio en extremo curiosos, tres de ellos rotos desgraciadamente, y cuatro en perfecto estado de conservación y completamente irisados. Estos últimos son: 1.°, un hermoso barrilito con círculos regulares, de 22 centímetros de altura; 2.°, un frasquito de elegantes proporciones, de 25 centímetros de alto: 3.°, una ampollita de largo cuello en forma de cono invertido, de 16 centímetros de altitud; 4.°, un vaso de paredes estriadas, de 12 centímetros de elevación.

El barrilito y el frasco contienen todavía un licor

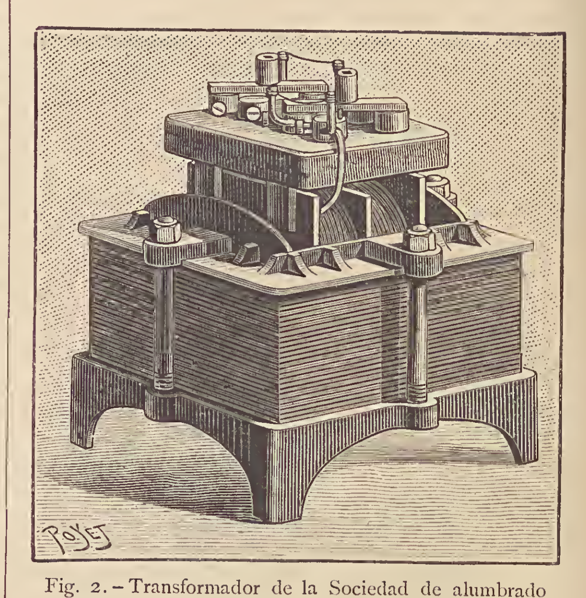


Fig. 2. – Transformador de la Sociedad de alumbrado eléctrico para la alimentación de las bujías Jablochkoff

de color pardo y de olor pasado, que debió ser algún antiguo perfume y una parte del cual va á ser objeto de un análisis.

Como detalle particular diremos que este descubrimiento debería datar de 30 años: en noviembre de 1860 se inhumó un cadáver sobre este sarcófago y en 13 de junio de 1875 se hizo en el mismo sitio otra inhumación. No estando situada la parte superior del sarcófago á más de un metro y algunos centímetros debajo del nivel del suelo, hay que deducir que el sepulturero de entonces no debió cavar á gran profundidad y que las fosas por él abiertas no fueron reglamentarias.

El descubrimiento del sarcófago que describimos ha llevado durante muchos días una multitud extraordinaria al cementerio de Beauvais. Los huesos han sido provisionalmente depositados en una dependencia de la capilla, y los vasos cuidadosamente colocados por el conservador en su casa. De París fueron también allí muchos aficionados para ver ese hallazgo, cuyo valor estima en 10.000 francos un inteligente que goza de cierta notoriedad.

En breve se procederá á desenterrar el sarcófago entero, operación que exigirá grandes cuidados y precauciones por razón del formidable peso de aquél: el ataúd solo pesa 300 kilogramos, y es probable que al levantarlo se encuentren algunas medallas cuyo descubrimiento contribuiría á determinar con exactitud la fecha de esta sepultura que, al presente y á falta de mejores informes, hacen datar los arqueólogos de 1500 á 1700 años.

Sea lo que fuere, al decir de los arqueólogos que han examinado la sepultura, el descubrimiento en que nos ocupamos parece constituir uno de los más bellos hallazgos de cuantos se han hecho en Beauvais de mucho tiempo á esta parte.

(De *La Nature*)

TODA UNA JUVENTUD

POR

FRANCISCO COPEE

(CONTINUACIÓN)

A todo esto, el camarero con facha de escamoteador ha traído la sopa, y al destapar la sopera hace tal mueca á lo Roberto Houdín, que es sorprendente que no salte de aquélla un cangrejo vivo ó un ramillete de rosas. Pero no, es sencillamente un puré de lentejas. Los convidados le asaltan en silencio, pero después del vino del Rhin, todas las lenguas se sueltan, cuando el sollo normando ha sido devorado. ¡Oh envidiable apetito de los veinte años! Los cinco jóvenes hablan á un tiempo.

¡Qué bullicio! Las frases se cruzan; Gustavo, elogia las cualidades de un «stepper» que aquella mañana ha probado en la avenida de los Caballeros (acá para *inter nos*, hubiérale convenido más levantarse tarde y beber un poco de aceite de hígado de bacalao); Mauricio grita al camarero que destape el Chateau Leoville; Amadeo habla de su futuro drama al futuro actor Gorju, alias Jocquelet, y éste, como hombre de experiencia, le da consejos con su voz de trompeta que sale de su nariz de ídem, y cita la famosa frase de Talma á un poeta dramático: «Sobre todo, nada de versos;» Arturo Papillón que se dedica á la tribuna, encuentra excelente ocasión de ejercitarse en dominar el tumulto de las asambleas, y brama para él solo el elogio de un discurso de Julio Favre.



En esta mezcla de conversaciones, el tímido Amadeo es vencido de antemano. Tampoco Mauricio tarda en callarse, sonriendo un poco desdeñosamente por bajo de su bigote rubio, y un ataque de pituita pone á Gustavo fuera de combate. Sólo el abogado y el futuro actor, semejantes á dos navíos de línea que disparan sus andanadas, continúan cañoneándose de palabra. Arturo Papillón, que es de la oposición liberal, desea que el gobierno imperial vuelva al «juego pacífico y regular de las instituciones parlamentarias», y para apoyarlo despliega un número del *Correo del Domingo* y quiere leer un artículo; pero el futuro actor se lo impide dando rienda suelta á su terrible órgano de voz, que se asemeja á la bocina de Gedeón; y decididamente victorioso, prorrumpe en mil necedades, declarando que el personaje de Alcestes debe representarse en bufo. Critica á Shakespeare y á Hugo, y exalta á Scribe. Luego, sin interrupción, á pesar de su perfil de botarga de la Edad Media, que le asegura en el porvenir un puesto en el género cómico, afirma que él ha venido al mundo para representar papeles de galán joven, y que se encarga de hacer «simpático» el de Nerón en *Británico*.

Esta jerga hubiera sido abrumadora sin la entrada en escena de unas perdices trufadas, que el escamoteador trincha y distribuye en menos tiempo que hubiera empleado en barajar unos naipes «no preparados». Sirve al sencillo Amadeo el peor trozo, del mismo modo que le hubiera obligado á elegir el nueve de bastos. Luego llena las copas de Chambertin, las cuales se encargan de vaciar á porfía todos los concurrentes; exáltanse otra vez las imaginaciones de éstos; pónense de nuevo todas sus lenguas en movimiento, y la conversación (esto era inevitable) versa sobre mujeres.

Jocquelet empieza pronunciando el nombre de una de las más célebres y lindas artistas de París. Las conoce á todas, y las describe como si se hubieran quitado el corsé delante de él; menciona la lista de sus amantes, y detalla sus bellezas como un mercader de esclavas.

– Lucilita Prunelle, – dice, – acaba de enredarse con el gran Moncontour...

– No es cierto, – interrumpe Gustavo, con cara de desenterrado; – le ha dejado por Cerfbeer, el banquero.

– Te digo que no.

– Te digo que sí.

Y por poco arman camorra, si Mauricio, por ponerles en paz, no se hubiese chanceado con el bello Arturo Papillón á propósito de sus amores.

Porque el joven abogado bebe muchas tazas de te orleanistas, va á los mismos salones que Beulé y Prevost-Paradol, y acompaña á mujeres políticas á las recepciones de la Academia francesa.

– Allí, ¡malvado! – dice Mauricio, – debes hacer estragos.

Y Papillón lo niega con sonrisas llenas de fatuidad y de sobrentendidos, y añade sentenciosamente metiendo los dedos pulgares de ambas manos en las aberturas de su chaleco:

– *Abstineo Venere*, – y baja cómicamente los ojos; porque hay que tener en cuenta que no le asustan las citas en latín.

Además, se declara muy difícil en tales materias; sueña con una Egeria, con un espíritu superior.

Lo que se calla es, que ayer mismo una diablillo de modista, á quien quiso hablar en la calle Soufflot, al salir de la Escuela de Derecho le midió de pies á cabeza, amenazándole con llamar á la pareja de orden público si no la dejaba en paz.

A consecuencia de una nueva broma de Mauricio, el abogado formula en los siguientes términos su programa amoroso:

– Tened entendido que aun cuando una mujer poseyera la inteligencia de Hypatia, la sensibilidad de Eloísa, la sonrisa de la Yoconda y las piernas de la Antíope, si á estos atractivos no reunía la garganta de la Venus de Médicis... yo no podría amarla.

Sin elevarse tanto, el futuro cómico se muestra también muy exigente, especialmente desde el punto de vista plástico. Para él, Déborah, la trágica del Odeón, que es una estatua griega, tiene las manos demasiado grandes, y la hechicera Blanca Pompón, que incendia los proscenios de Variedades, no es más que una muñeca de cera.

Pero el más intratable de todos es Gustavo. Excitado por el vino de Borgoña (le sentaría mejor medio vaso de agua de Aguas Buenas, tomado con leche caliente por las mañanas) proclama que la más hermosa criatura del mundo no es agradable más que para una noche; esto, para él, es axioma inconcuso, y únicamente ha hecho una sola excepción en favor de la ilustre bailarina del casino Cadet, Nini la auvernesa, merced á la gracia diabólica que despliega cuando se cena con ella; es para morirse de risa.

En efecto, Gustavo, no os moriréis de risa, pero os iréis consumiendo poco á poco si no os decidís á llevar una vida más metódica y á pasar todos los inviernos en el Mediodía.

El sencillo Amadeo sufre un suplicio, porque siente heridas todas sus ilusiones, que son una mezcla de deseo y de sentimiento. Además, acaba de descubrir en sí mismo una deplorable facultad, una nueva causa para ser desgraciado, y es: que el espectáculo de la tontería le hace padecer. ¡Qué groseros y mentirosos son esos jóvenes! Gustavo le parece un tonto de solemnidad, Arturo Papillón un pedante, y respecto á Jocquelet le encuentra tan insoportable como un moscón que zumba entre el cristal y la cortina del cuarto de un hombre nervioso.

Afortunadamente, Mauricio da la nota alegre, prorrumpiendo en una juvenil carcajada.

– Pues bien, amigos míos, – exclama, – sois unos necios, y... ¡por Príapo! que yo no me parezco á vosotros; yo no me meto en tantos dibujos. ¡Viva la mujer y vivan las mujeres!... Sí, todas, las bonitas y las otras; porque verdaderamente no hay feas siendo del otro sexo. Yo no quiero notar que esa miss tiene pies de inglesa, y olvido la tez de vendimiadora de la posadera y que su garganta es tan basta que rompe el cuello de su camisa... Así, pues, no digáis majaderías y haced como yo: morded todas las manzanas mientras tengáis dientes... *Gaudeamus igitur*... ¿Sabéis por qué en el mismo momento en que requiebro al ama de la casa me llama la atención la nariz de la criada, que trae una carta? ¿Y sabéis por qué al salir de casa de Cydalisa, que me ha puesto una rosa en el ojal del paletó, vuelvo la cabeza al ver pasar á Margotón, que viene del mercado con la cesta debajo del brazo? Pues porque es otra, ¡hijos míos!, otra. ¡He aquí la gran palabra! Sí, las mil tres... Don Juan tiene razón... Yo siento correr por mis venas su hermosa sangre de libertino... y... el mozo va á servirnos un poco de champagne, ¿no es así?, para beber á la salud del amor.

Mauricio es un cínico, pero esta explosión de juventud resulta agradable. Todo el mundo aplaude. El prestidigitador, de delantal blanco, que bulle en torno de la mesa como un pensionista del palacio de los monos, hace saltar el tapón de una botella de Rœderer (es raro que no salgan de ella fuegos artificiales), y ved aquí que vuelve el buen humor. Reina este bullicio hasta el fin de la comida, y sólo es turbado por el imbécil Gustavo. Ha querido beber tres copas de kummel (¿por qué no le han servido jarabe de savia de pino?), y figurándose que Jocquelet le mira de reojo, manifiesta súbitamente la formal intención de tirarle una botella. El cómico, muy pálido, recuerda todas las escenas de provocación que ha visto en el teatro; se incorpora en su silla, arquea el pecho y balbucea: «Estoy á la orden de usted», procurando representar la situación. Pero todo es inútil. Gustavo, agarrado por Mauricio y Amadeo, está completamente ebrio; á las amonestaciones de sus amigos, sólo responde con un torrente de lágrimas, y cae de bruces sobre la mesa, rompiendo algunas piezas de vajilla.

– Vamos, es preciso acostar al niño, – dice Mauricio, haciendo una seña al camarero.

¡Ah, Roberto Houdín! En un abrir y cerrar de ojos, el harapo humano que se llama Gustavo, es levantado de su silla, abrigado con el sobretodo, cubierto con su sombrero, descendido por la escalera y tirado en un coche de plaza. Después vuelve el escamoteador, y ejecuta su última suerte, haciendo desaparecer el plato en donde Mauricio ha arrojado algunos luises para pagar la cuenta.



Es tarde, más de las once, y los amigos se dan los apretones de mano de despedida entre una niebla densa y húmeda, á través de la cual los mecheros de gas se parecen á los faroles de papel de los vendedores de naranjas. ¡Brr! ¡qué humedad!

De una y otra parte se oyen las consabidas frases de despedida.

– ¡Adiós!

– Hasta la vista.

– Que sigas bueno.

– Gracias. Lo mismo.

– Memorias á las señoras.

Arturo Papillón, que está de frac y corbata blanca, como todas las noches, tiene tiempo todavía para presentarse en un salón político de la orilla izquierda para ver al historiador genovés Moichod, autor de esa famosa *Historia de Napoleón*, en la que sienta la premisa de que Bonaparte fué un mediano general y que todas sus batallas fueron ganadas por sus lugartenientes. También Jocquelet piensa entrarse en el Odeón para oir por quinta vez el quinto acto de una obra de la escuela del buen sentido, que ha obtenido gran éxito, y en la cual el protagonista, después de haber tronado en malos versos contra el dinero, durante cuatro actos, se casa, en el desenlace, con la hija de un millonario, para mayor satisfacción de éste.

En cuanto á Mauricio, antes de ir á reunirse en la calle de Monsieur-le-Prince con Irma, que ha debido tomar la llave de debajo de la puerta y que probablemente estará arreglándose los papelillos para rizarse el pelo, acompaña á Amadeo un trozo de camino.

– Los compañeros están algo chispos, ¿verdad? – le dice á éste.

– Te aseguro que casi me han disgustado, – responde el tímido joven. – Su brutalidad, hablando de las mujeres y del amor, me ha hecho daño en el corazón. Tú mismo, te lo digo con franqueza, tú mismo que eres tan fino y tan orgulloso... déjame creer que no has dicho la verdad, que has hecho el fanfarrón del vicio por complacerles. No, no es posible que te contentes con satisfacer tus apetitos y obedecer á tu temperamento... Debes tener otro ideal; tu conciencia debe reprocharte...

Mauricio le interrumpe bruscamente, riéndose de antemano de lo que va á decir.

– ¡Mi conciencia!... ¡Oh tierno y sencillo Violette, modesta flor de los bosques!... Pero la conciencia, inocente Amadeo, es como los guantes de piel de Suecia que es moda llevar sucios. ¡Adiós! Ya volveremos á hablar de esto un día en que no me aguarde Irma.

Amadeo llega solo á la calle de Nuestra Señora de los Campos, tiritando entre la niebla y lleno de tristeza y malestar.

No, no es verdad. Existe otro amor distinto del de los brutos, y hay otras mujeres además de las hijas del placer. Y piensa en su compañera de infancia, la linda María, y se la imagina bordando al lado de la lámpara de la familia, hablando con él sin levantar la mirada, en tanto que él la contempla y admira aquellos hermosos ojos fijos en la labor.

Amadeo está estupefacto al pensar que la presencia de la deliciosa niña no le ha causado nunca ni la más mínima turbación, y que no ha deseado nunca más dicha que la de estar á su lado.

¿Por qué un sentimiento semejante al suyo no se desarrollará algún día en el corazón de María? ¿No han crecido juntos? ¿No es él el único joven que ella conoce íntimamente? ¡Qué dicha llegar á ser su prometido!

Por un encantador escrúpulo, el pobre muchacho echa en cara los deseos impuros que á veces le asaltan.

Sí, así es como debe amarse.

En adelante evitará todas las tentaciones, pasará todas las noches en casa de los Gerard, como le ha aconsejado la buena Luisa; permanecerá lo más cerca posible de María, contento con oirla hablar y verla sonreir; y esperará, refugiado en la castidad, el instante en que ella se persuada de que la ama, y entonces consentirá en ser su mujer.

¡Oh exquisita unión de dos virginidades, adorable beso de dos bocas inocentes! ¿Existirá semejante dicha?

Este hermoso ensueño ha refrescado el corazón del joven y llega gozoso á su casa.

Da un fuerte tirón á la campanilla, sube lentamente la escalera y abre la puerta de su habitación.

¿Pero qué pasa? Su padre ha debido volver muy tarde, porque aun sale un hilo de luz por las rendijas de la puerta de su alcoba.

– ¡Pobre hombre!, – piensa Amadeo recordando la escena de por la mañana. – ¿Estará indispuesto? Voy á ver...

Mas apenas ha abierto la puerta, retrocede, exhalando un grito de espanto y horror.

A la luz de la bujía que estaba sobre la chimenea, Amadeo ve á su padre tendido en el suelo, con la camisa abierta y teñida en sangre, y muy cerca de su mano derecha, crispada por la agonía, la navaja de afeitar con la que se ha degollado.



Sí, alguna vez se realiza la unión absoluta en el amor de dos pobres seres, que es la felicidad en la tierra!

Pero si uno de ellos muere, el otro no se consuela

M. Violette no se consoló.

(Continuará)

NUESTROS GRABADOS

Retrato de M. Luis Francais, grabado de Baude, premiado con medalla de honor en el Salon de París, 1890.—Los suscriptores de la Ilustración Artística están familiarizados con la firma del eminente grabador francés M. Baude, pues en nuestro constante deseo de dar á conocer las mejores obras que el arte produce, hemos acudido á menudo á ese artista para poder publicar en las páginas de este periódico las principales producciones de su buril salidas.

El grabado que hoy reproducimos merece figurar en primera línea entre los más notables de sus trabajos, y así hubo de comprenderlo el Jurado del último Salón de París cuando le otorgó la mayor recompensa que podía adjudicar, la Medalla de Honor, apreciando como se merecían las excepcionales cualidades del retrato del decano de los paisajistas franceses M. Luis Français, retrato lleno de vida y de expresión, del cual puede decirse sin pecar de exagerado y empleando una frase, no por lo vulgar, menos gráfica, que *está hablando.*

En la playa, cuadro de Dionisio Baixeras, grabado por Sadurní.—Se trata de una marina pintada por nuestro distinguido paisano el Sr. Baixeras, y con decir esto, casi podríamos suprimir toda otra observación, pues por demás sabido es que este artista ha logrado, como pocos, robar al mar el color y el movimiento, al cielo sus más hermosas tintas, á la playa la monotonía de sus tonos y á nuestros marineros sus varoniles facciones por el sol tostadas y su expresión de rudeza, para con todos esos elementos pintar bellísimos cuadros que le han valido justo renombre.

El que hoy publicamos representa el amanecer de un día brumoso en la playa de Barcelona; la niebla oculta la línea del horizonte y envuelve como entre gasas la lancha de pesca que se hace á la mar para entregarse al cotidiano trabajo que proporciona el necesario sustento á sus tripulantes; medio tendido sobre la arena de la ribera, un muchacho la contempla alejarse, y en su actitud y en su rostro se adivina el deseo de poder también algún día dedicarse á lo que para él constituye una diversión y que más tarde mirará, quizás, como pesada tarea.

Asunto tan sencillo como éste ha ofrecido á Baixeras recursos suficientes para dar una nueva prueba de su talento, que no necesita apelar á grandes efectos para producir obras dignas de calurosas alabanzas.

La Beatriz del Dante, retrato tomado del cuadro de Hugo van der Goes, existente en la Galeria del Arcispedale de Santa Maria la Nueva, en Florencia.—El cuadro de donde está tomado este retrato representa á santa Margarita, á santa María Magdalena y á las damas Portinari, madre é hija Beatriz, la amada de Dante. Su autor floreció en la segunda mitad del siglo XV: nacido en Gante, estuvo al servicio de Carlos el Temerario, y más tarde se trasladó á Florencia, en donde residió mucho tiempo bajo la protección de la familia Portinari. El retrato, pintado un siglo y medio después de la muerte de Beatriz, puede ser considerado como la verdadera efigie de la que tan sublimes creaciones inspiró al altísimo poeta; pues van der Goes, huyendo de las idealizaciones á que hasta entonces se habían entregado los artistas cuando trataban de trasladar al lienzo la interesante figura de aquélla, prefirió atenerse á la verdad, aun trueque de que pudiera ser su obra tachada de prosaica por aquellos que se forjan ciertas imágenes ideales y no consienten que la realidad venga á demostrarles que se han equivocado en sus presentimientos.

El compositor, cuadro de R. Poetzelberger, grabado por Brendamour.—Del mismo autor publicamos el cuadro *Arte y amor* en el número 385 de la Ilustración Artística: en aquél, como en el que hoy reproducimos, el arte musical entra por mucho en el asunto; pero ¡cuánta diferencia entre el artista del primero y el de ahora! Allí un joven mancebo abandonando el placer de la música por los goces del amor; aquí un hombre entrado en años, abstraído por completo del mundo que le rodea, fija su imaginación en las notas que su mano, empujada por febril inspiración, ha trazado en el papel pautado y saborcando para sus adentros la dulce melodía que aquel conjunto de signos convencionales representa. Vayánle á este compositor con tentaciones amorosas, y á buen seguro que á todas las manda noramala desde las sublimes regiones á que en alas de su genio se ha remontado. ¿Será que su amor al arte no admite rivales? ¿Será que su edad le ha puesto fuera de combate ó blindado su corazón con coraza á prueba de los dardos de Cupido? ¡Quién sabe!

Lo cierto es que en ambos cuadros se ha acreditado de maestro el célebre pintor de Munich R. Poetzelberger, demostrando que sabe concebir bien sus obras y que pocos le aventajan en la corrección con que dibuja y pinta sus composiciones.

Una excursión por el lago, cuadro de Fernando Heilbuth.—«El rasgo característico de los cuadros de Heilbuth es la elegancia», decíamos en el número 441 de la Ilustración al ocuparnos del que lleva por título *El pintor Wateau y su amada. Una excursión por el lago* es la mejor confirmación de nuestro aserto y de todo cuanto allí expusimos al enumerar las principales cualidades del celebrado pintor alemán.

Dos jóvenes elegantemente vestidas, en las que se descubre desde luego la distinción y el *chic* que caracteriza á las clases privilegiadas, recorren en ligero esquife el tranquilo lago cuya superficie surcan graciosos cisnes y en cuyas tersas aguas se reflejan los bosquecillos y las quintas que en aquellas poéticas orillas se levantan: una vaporosa luz ilumina la escena y una atmósfera clara aumenta los encantos del delicioso paisaje, inundando el ánimo de apacible bienestar y de bienhechora calma.

Este asunto, tratado por mano maestra, se ha convertido en uno de los más famosos cuadros de su autor.

La estatua de Jacinto Rigaud, inaugurada en Perpignán el día 20 de julio último.—Rigaud, nacido en Perpignán en 1659, conquistó inmensa fama como retratista durante los reinados de Luis XIV y Luis XV, y á los cuarenta y un años de edad veía abrirse para él las puertas de la Academia de pintura de su villa natal, de la que muy luego fué director. Sus obras principales son *La presentación en el Templo, San Andrés apoyado en una cruz,* los retratos de cuerpo entero de Luis XIV, de Luis XV niño, de Felipe V, de Bossuet, del P. Mignard, de Lebrun, de Mansard, de Martín Bogaert, etc., etc.

La estatua que le han levantado sus compatriotas en la plaza de *Blé* ha sido cancelada por Ferail, á quien M. Bourgeois, Ministro de Instrucción Pública, entregó las palmas de académico después del acto de la inauguración, en el que dicho ministro del Gabinete francés, en presencia de todas las notabilidades del departamento, hizo un entusiasta elogio del pintor Rigaud, con razón llamado el Van Dyck de Francia.

Venturosos días de primavera.—¡Venturosos, sí, aquellos días que tan grato recuerdo dejan en el alma! La naturaleza, prodigando los tesoros de vida que durante el triste invierno ha ido acumulando en las entrañas de la tierra, ostentase espléndida en aromas y colores, engalanando los árboles con rumorosos follajes, poblando las plantas de perfumadas flores, haciendo brotar del suelo los más ricos y variados productos y arrancando de las gargantas de los pajarillos los armoniosos trinos con que parecen saludar ese despertar sublime de la creación entera.

Venturosos también aquellos días de la infancia, primavera de nuestra existencia, en que el mundo se ofrece á nuestros ojos como conjunto de dulces armonías y de sumas perfecciones que entonces se nos antojan imperecederas y que el tiempo, por desgracia, se encarga demasiado pronto de destruir.

Difícilmente podremos hallar mejor alegoría de estas gratas ilusiones que en el cuadro que tales sentimientos nos ha inspirado. Aparecen en él tan bien combinadas las dos primaveras, resulta tan bello el grupo de los dos niños refugiados en la espesura de aquel rincón del bosque, armonizan tan cumplidamente con la inocente expresión de aquellas dos criaturas las humildes flores que en sus manos tienen y la placidez del sitio en donde descansan de sus juegos, que sin querer, el corazón se ensancha y el espíritu se rejuvenece y uno y otro se complacen en identificarse con la escena que á su vista se presenta y en recordar esas pasadas venturas á cuyo benéfico soplo se desvanecen la indiferencia, el hastío ó el desengaño que á tantos suelen amargar el presente.

Las lavanderas, cuadro de D. Tomás Muñoz y Lucena (Exposición de Bellas Artes de Madrid, 1890).—La aparición del cuadro de Muñoz y Lucena en la Exposición de Bellas Artes últimamente celebrada en Madrid fué un verdadero acontecimiento. La prensa casi unánime prodigó los calificativos más encomiásticos al afortunado pintor; los artistas y literatos festejáronle á porfía, y cuantos visitaban el certamen nacional deteníanse admirados ante el lienzo y unían sus aplausos á los de la crítica.

¿Merece *Las lavanderas* el éxito que en la opinión pública alcanzó? En nuestro concepto sí: el efecto que el cuadro produce es realmente encantador, y aunque algunos críticos, muy contados, se han entretenido en buscar defectos en esta obra, apenas si, á fuerza de someterla á un examen casi inquisitorial, han conseguido hallar en ella pequeños é insignificantes lunares, de que no está exento nada de lo que la mano del hombre crea.

Prescindiendo, pues, de ese análisis minucioso, que por el mismo empeño con que se hizo demuestra la valía del cuadro que de él era objeto, atengámonos á la impresión del conjunto y admiremos el delicioso paisaje impregnado de todo el aroma y de toda la poesía de las campiñas andaluzas, y el animado grupo de mujeres que, entregadas á su predilecta faena de lavar los trapitos para sus hombres ó para sus niños, alegran el aire con sus dichos, canciones y risotadas, y denuncian en sus ardientes ojos y en su tostada tez la influencia de ese sol de Andalucía, que abrasa el alma haciéndola desbordar en apasionados sentimientos.

Siendo esta la primera vez que la Ilustración Artística se honra con la firma del notable pintor andaluz, nos complacemos en enviarle desde nuestras columnas el más entusiasta aplauso y el más cariñoso saludo, y en predecirle, sin temor de equivocarnos, á juzgar por lo que hasta ahora ha hecho, un brillante porvenir que redundará en gloria para el arte de nuestra patria.












UNA VENGANZA

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

SEIS INVENTOS NOTABLES CON LOS DETALLES PARA SU EJECUCIÓN, por el Dr. Don Federico Gómez Arias. El inteligente Director de la Escuela provincial de Náutica de Barcelona ha reunido en un volumen sus estudios sobre los seis importantes problemas siguientes: 1.° Dirección de los globos ó manga dirigible en los aires; 2.° Balón atalaya ó de observación para elevarse á altitudes de atmósfera irrespirable y permanecer en ellas, pudiendo descender sin lanzamiento de gas; 3.° Insurcáguas, aparato flotante insumergible para la rápida traslación sobre las aguas; 4.° Urbicalefacción y urbirrefrigeración termoterráqueas, procedimiento para obtener en todas las estaciones del año una temperatura primaveral sin necesidad de combustible; 5.° Sifón centrífugo, para la fácil y económica elevación de las aguas á considerables alturas; y 6.° Ascensor automático para la utilización del trabajo mecánico que representan los cuerpos en el descenso libre y detención en su caída. En todos ellos demuestra su autor su competencia científica y conocimientos no comunes de tan importantes materias, corriendo unos y otros parejas con la modestia que revelan las pocas líneas que en forma de Advertencia encabezan el libro, en las que dice: «mas ya que mis escasas energías son insuficientes para la realización de tales inventos, y nulas mis pretensiones de lauro ni de lucro, creo un deber de conciencia publicarlos con toda claridad y precisión para que más ilustradas, competentes y técnicas autoridades, los informen é ilustren, á fin de que si mis propósitos no son utópicos, puedan contribuir al perfeccionamiento y bienestar de la humanidad, á la que después de Dios consagré todo mi amor y mis escasísimos conocimientos.»

Del propio señor son los *Ocios ó recreos poéticos* y el *Ramillete poético-filosófico* dedicado á los Excmos. Señores Marqueses de Comillas, colecciones de poesías escritas en diversos metros y de pensamientos en que se aunan el amor á la ciencia y á la religión y que encierran verdades inspiradas en delicados sentimientos y expresadas en forma llana y elegante.

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN